

24.30



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

*Ricardo Flores Magón y el Rescate
de lo Revolucionario*

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE

LICENCIADO EN SOCIOLOGÍA

P R E S E N T A

Manuel Ernesto Hernández Orta

México, D. F.

Abril de 1988



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

	Página
INTRODUCCION -----	1
1. LAS POSTURAS ACTUANTES -----	1
2. EL ASCENSO A LA NUEVA VIDA -----	20
3. EL QUEHACER DEMOCRATICO: REFORMA O REVOLUCION -----	58
CONCLUSIONES -----	98
BIBLIOGRAFIA -----	107

I N T R O D U C C I O N

El buscar el sentido de lo revolucionario en el pensamiento de Ricardo Flores Magón, lleva al encuentro de una amplísima gama de raíces históricas. Y acercarse a la visión que tenía Ricardo Flores Magón implica asumir, en alguna medida, la complejidad social del México del siglo XIX, su problemática y sus repercusiones en el principio del presente siglo.

En este sendero, urgando entre liberales y pensadores socialistas, entre hombres íntegros que acaso son superficialmente mencionados a lo largo de estas páginas, se me planteó como problema el vasto despliegue de las fuerzas sociales que en el siglo pasado impulsaron la transformación de la sociedad, hasta confluir en un movimiento revolucionario que, por tan pleno, aún hoy asombra.

El intento de ver lo social a través de la perspectiva magonista, me obligó a acercarme a los problemas fundamentales de nuestra sociedad, y, para descubrir los motivos de Ricardo Flores Magón y su lucha pero, sobre todo, su reclamo radicalmente preconizado y perseguido.

Las raíces del pensamiento de Ricardo Flores Magón creemos que han de buscarse en dos elementos presentes en la sociedad mexicana del siglo XIX: el primero es el liberalismo social "beligerante", que pretendía democratizar una sociedad plenamente influida por el espíritu colonial; el segundo es la influencia anarquista y socialista presente en las luchas insurreccionales campesinas y en los inicios de la vida laboral de los trabajadores. Estos dos elementos, socializados e internalizados además entre las capas intelectuales, se manifestaron con particular rigor en momentos de agudización y estremecimiento político y social.

Por otra parte, la lucha magonista está marcada por el sello de

una gran pasión libertaria que caracteriza a revolucionarios comprometidos con objetivos sociales claros e incuestionables.

El despliegue liberal fue llenando con una nueva visión el vacío que dejaba en los espíritus el descrédito de la sociedad colonial. La lucha liberal cuestiona casi todos los valores e instituciones y al hacerlo, pone en marcha un proceso de continuas luchas que, a su vez, van agudizando en muchos hombres el afán de mejorar la situación social.

Este trabajo inicia haciendo un recuento de estos dos puntos nodales de la sociedad mexicana del siglo XIX. La transformación social que se ampara en función del argumento liberal, y abre paso al intento de hacer crecer a una burguesía autóctona, tiene su génesis a partir de la etapa de la Reforma. Ese despliegue liberal, como intento modernizador provocó, en su intento, el ascenso de los sectores o clases que apoyarían el proceso de industrialización.

Se describen asimismo, los elementos de la lucha del nascente proletariado que marcaba el inicio de un proceso que ponía a la sociedad mexicana frente al despliegue del capitalismo, remeciendo las estructuras hasta entonces vigentes y dando pauta a un nuevo orden entre las propias clases sociales.

Este ascenso a la nueva vida establece un ordenamiento en pro de una modernización que implicaba, no obstante, serias contradicciones del nuevo orden económico. Y es que el capitalismo en nuestro país, ciertamente dependiente, acrecentó desigualdades e hizo surgir en muchos el ideal de la liberación de ese proletariado. Incluso este proceso de transformación social, trajo consigo la profundización de un problema que aún hoy persiste: la inserción de la economía nacional al capitalismo financiero predominantemente extranjero.

En este ámbito social es como las clases sociales, que si ya en la etapa colonial habían subsistido en una postergación y marginación muy aguda, con el ascenso del capitalismo profundizaron este rasgo, por lo que tuvieron que adoptar nuevos modos de defensa laboral.

Esta profunda mutación en la sociedad, originó que los ideales por buscar una solución a lo vivido se fuera aclarando cada vez más. Los primeros divulgadores de la ideología proletaria nos dan la medida de lo que estaba ocurriendo en el país, ante este profundo cambio social y la repercusión en las clases sociales, por lo que visualizar su lucha nos lleva al reconocimiento de fuerzas sociales que, postergadas continuamente, intentaron abrir espacios de mayor democracia en nuestro país.

La segunda parte abarca el periodo porfirista en su etapa de madurez y declinación por decirlo así; la última década del siglo pasado que a pesar de tener un auge económico, no dio salida al progreso preconizado a todas las clases, y sí fundamentó un creciente descontento social. La consolidación del capital implicó, en detrimento del proletariado, la afirmación de un régimen autocrático que dejaba de lado la mayoría de los intereses populares. La ideología liberal modificó su visión sometiendo, desde el poder, a la sociedad al orden, y, con ello, generó profundas contradicciones con las clases explotadas y sometidas al salario y a un nivel de vida muchas veces infrahumano.

En este sentido y a partir de unas condiciones sociales de desigualdad plena, podemos pensar que para que en la Revolución Mexicana de 1910 existieran hombres de la talla de Ricardo Flores Magón, fue preciso que esas condiciones sociales llegaran a ser tales, como pa-

ra que muchos revolucionarios no vieran otro camino que el del cambio radical de lo que se vivía.

Y para consumir este cambio, se hacía necesario asumir una fórmula interpretativa que, desde la perspectiva proletaria, fundara los preceptos de una sociedad nueva y realmente democrática. Y Flores Magón, como adherente a esa manera de entender lo social, va consolidando un sentimiento radical que dio luz a postulados que para él en su lucha, y para la sociedad, alcanzaron una importancia social y política esencial.

Ese ascenso capitalista y sus consecuencias sociales fueron enfrentadas teórica, política y militarmente por la corriente magonista y, de hecho, fueron su punto de apoyo para forjar el movimiento revolucionario: fue una postura radical que por encima de las reformas sociales, tenía como su objetivo principal la transformación entera del orden de cosas existente. Este apartado corresponde al tercer capítulo, y trata de lo que para mí comprende la importancia verdadera de Ricardo Flores Magón.

CAPITULO 1

LAS POSTURAS ACTUANTES

- Los liberales y el espacio democrático
- Los obreros y los campesinos, su vida
y el ejercicio democrático
- Los fundamentos de la lucha obrera

En la sociedad mexicana del siglo XIX, los sectores sociales se fueron conformando sin una ruptura brusca con la vida de la Colonia. Su estilo de vida nos muestra lo que ellos querían para nuestro país y, asimismo, la forma como plantearon sus deseos de crecimiento y progreso.

La consolidación del dominio de la corriente liberal, enfrentada a los sectores eclesiásticos y terratenientes constituidos por españoles peninsulares, fue el fin de una lucha que, en apariencia, era de castas, pero que ulteriormente, en toda la fase de fortalecimiento del Estado nacional, se planteó como una clara lucha de clases sociales.

La acción de los liberales se fue dando en constantes improvisaciones, dudas y contradicciones, ya que la corriente liberal fue una visión esencialmente influenciada por el pensamiento de la burguesía y pequeña burguesía europeas, ajeno a las realidades e interés propio de las jóvenes naciones latinoamericanas.

Inclusive la Reforma en México, es un ejemplo de cómo la ideología liberal era, para los simpatizantes de esa postura, el arranque hacia una sociedad de un bienestar y modernidad absoluta. Pero es menester asumir que el liberalismo en México, se alimentó de las teorías de pensadores muy lejanos a los países del Nuevo Mundo. Y es esta visión, si se quiere europeísta, la que contradictoriamente tomaron nuestros intelectuales --en este caso los liberales-- para analizar y, sobre todo, decidir políticamente lo que procedía hacer. Al incorporarse ellos a la lucha independentista y a las tareas de la consolidación nacional con esa perspectiva europea, su acción redundó sólo en aspectos parciales de la liberación y democratización auténtica de cada país, o, en nuestro caso, de México.

Y es que en nuestros países, dependientes y dominados, siempre se nos ha puesto ante los ojos y, con ello, clavado en la conciencia, el esquema prestigioso del Viejo Mundo europeo, de sus costumbres elegantes y modernizadoras, que nos ha guiado de la mano sin darnos tiempo de reflexionar profunda y críticamente sobre ello, llevándonos a creer en un supuesto paraíso de progreso o de desarrollo hasta hoy no realizados y prácticamente inalcanzables en América Latina.

Esa falsa imagen, sobrepuesta a una realidad concreta hasta ahora incomprendida, afectó, y afecta aún, a casi todos los intelectuales y políticos que se abocaron a la realización de un proyecto de avance económico y social. Los espíritus liberales, conservadores, e incluso los socialistas, no pudieron desasirse del influjo de este pensamiento, como decíamos europeísta, que explica, en buena medida, la contradicción profunda de nuestra historia y nuestras sociedades.

La historia de este proceso pues, debe mirarse como un problema iniciado hace cinco siglos, y que se ha mantenido constantemente en las situaciones de dependencia y subordinación a las metrópolis en turno.

En México, las "constantes" sociales de esta añeja colonización, provenientes de un modo de vida importado e impuesto, han condicionado a las fuerzas sociales; los liberales y sus ideas democráticas por un lado, y los sectores artesanales --posteriormente la clase obrera-- y los campesinos, subsumidos todos a la condición de asalariados por otro, conforman el México del siglo XIX, en una expresión que, al profundizarse la inserción global de la sociedad en el capitalismo, dio paso a nuevos espacios de dominación colonialista o, si se prefiere, imperialista.

Es sólo en la segunda mitad del siglo XIX que emerge una oposi-

ción social e histórica contra las corrientes liberal y conservadora: los artesanos asalariados y, sobre todo los campesinos, quienes inician una lucha social ligada al problema del reparto de la propiedad y de la tierra y, guiados por intelectuales, en un inicio de la corriente anarquista, plantean los esbozos de una lucha de clases lenta pero, paulatinamente, ascendente.

Para la exposición de este capítulo, he tomado como referencia más importante a Gastón García Cantú y su obra El socialismo en México, que nos hace ver cómo se va gestando la clase proletaria y su conciencia de la situación que se vivía en nuestro país. El planteamiento de García Cantú resulta una alternativa en la comprensión del capitalismo en México y, asimismo, del papel de sus clases actuantes. Ayuda a mirar con mayor realismo el hecho de que la postura liberal, a pesar de haberse elevado intelectual y políticamente en nuestra sociedad, tendió a encadenar en cierta manera la libertad de otros seres humanos, tales como los incipientes --como clases social-- obreros y los campesinos. Y que, en cambio, las corrientes anarquista y socialista, al infiltrarse en estas clases populares, adquieren otra dimensión teórica y política, que es más honesta, más libre y unida a la convivencia con el dolor y miseria de los explotados.

En la segunda mitad del siglo XIX, México consolidó su estructura nacional, política y económica a partir de dos elementos básicos: el liberalismo como corriente política de acción, y la dictadura porfirista; ambos fenómenos, fueron marcos generales que tendieron a dar orientación al desenvolvimiento de las clases sociales, (1).

Si bien es cierto que la nación existe como tal desde 1821, no es sino posteriormente, en 1857, cuando el proceso democrático liberal, que venía siendo forjado desde 1808, acusa una mayor estabilidad. Y ya el gobierno de Juárez trata de dar un impulso a la estructura productiva industrial e inicia un periodo de crecimiento y reorganización social de gran magnitud a nivel nacional, fundado en la desamortización de los bienes territoriales del clero y de la milicia y que, con la gestación de la Constitución de 1857, posibilitó el triunfo sobre las fuerzas invasoras francesas.

Los conservadores, que sustentaban la defensa de formas de producción agrícolas tradicionales y casi esclavistas que habían existido desde el periodo colonial, sucumbieron en la lucha frente a la clase liberal que representaba las fuerzas sociales que buscaban incorporar al país al proceso de modernización que se esperaba que le permitiría a México "engancharse" al carro del progreso y crecimiento económico y social.

El gobierno liberal trajo consigo la incorporación del país a la división internacional del trabajo que el capitalismo mundial ya vi-

(1). Al respecto, pueden consultarse las obras de Leopoldo Zea, El Positivismo en México, y la de Gilberto Argüello, "El primer siglo de la vida independiente (1821-1867)", en México un pueblo en la Historia/2, en el sentido de la afirmación de la "consolidación", fundamentalmente política y económica, del Estado en México, y su cohesión ante los movimientos populares y ante la sociedad en su conjunto, que definirían a la nación como tal, con todo lo que conceptualmente esto implica.

vía en ese momento, y pretendía el que México entrara plenamente en la competencia mundial comercial e industrial.

Por este intento, que abre espacios y coyunturas de innegable valor social, el liberalismo ayuda a despertar las potencialidades contenidas en cada clase social y que empiezan a participar políticamente.

El hecho de que este liberalismo --tan aclamado por unos, y no plenamente comprendido por otros-- se proclamase democrático, respondía a un proyecto de clase, que fue, contradictoriamente, el intento de generar, por vía capitalista, el desarrollo del país, su modernización y el paso a otro estadio social que abriría posibilidades de expresión y lucha política a otras clases subalternas que intentarían, más que democratizar, lograr un cambio de raíz en la nación.

Dentro de la mistificación oficial que se ha hecho de la historia de México en la etapa que nos ocupa, se ha argumentado sobre un liberalismo autóctono, soslayando que su plataforma teórica fue europea y estadounidense (como lo fueron la Ilustración francesa y, desde luego, la Independencia norteamericana), y que en este proceso de enriquecimiento de ideas se incorporaron otras fuerzas teóricas no propiamente burguesas, como lo fueron el socialismo y el anarquismo.

México, como cualquier otro país de cualquier parte del mundo, tuvo parte en dos procesos objetivos: el desarrollo del capitalismo y su propia incorporación a él, aunado al ascenso, ante lo que esto significó, de una creciente miseria social y proletarización, además de la lucha que esta nueva conformación social planteó. Pero, en estos procesos, parece ser un hecho inobjetable que la doctrina anarquista fue el arma socorrida en la defensa proletaria, ante el avance de u-

na clase burguesa apoyada por el gobierno, (2).

Por otra parte, sucedió que la Reforma liberal y la dictadura porfirista, siendo dos fenómenos diferentes y extremadamente complejos por el grado de fuerzas sociales que en ellos intervienen, contribuyeron a que en la sociedad mexicana se transmutaran sus clases sociales, transformando la estructura productiva a nivel regional.

Las provincias y regiones, reforzaban también los cambios en las relaciones sociales, dando otra vida al país. México, bajo el naciente capitalismo industrial, adoptó esquemas productivos económicos que estructuralmente han venido reproduciéndose hasta nuestros días, (3).

El despliegue de las diferentes fuerzas sociales, en la segunda mitad del siglo pasado, se orientó en tres sentidos:

1o. Creación de una burguesía nacional, a partir de la lucha contra el poder conservador y la invasión imperialista; esta clase se apoyó y legitimó en el Estado liberal y en sectores de la pequeña burguesía, con un sentimiento nacionalista.

2o. Formación de una burguesía más ambiciosa, que se orientó a vincularse con el capital internacional que, ya desde antes, había extendido sus redes en las actividades comercial, minera y de explotación de recursos naturales de las colonias ahora convertidas formalmente en Repúblicas.

(2). Cfr. en especial John Hart, Los anarquistas mexicanos y, José C. Valadés, El socialismo libertario mexicano.

(3). Las estructuras sociales se adaptaron al orden liberal-capitalista y, en el plano jurídico, se planteó la solución a problemas de derecho individual y colectivo. La mayor liberación de la fuerza de trabajo y el apoyo económico a la creación de industrias y a la infraestructura necesaria, fueron objetivos concretos de la dictadura porfirista. La transformación de la estructura económica agraria, que de la encomienda pasó a la hacienda, es un exponente de la consolidación capitalista a nivel nacional. Cfr. Enrique Semo, Economía y lucha de clases, cap. II.

30. Formación de una clase obrera como tal, y, con lo anterior, el ascenso de grupos intelectuales que se comprometieron en la organización de esta clase (y también de la campesina), ante la aplastante influencia de la burguesía y del Estado, (4).

México, consolidándose como nación y adquiriendo esta supuesta "garantía" de derecho y de soberanía, al incorporar toda su economía a la de los países capitalistas industrializados, como exportadora de materias primas e importadora de productos manufacturados además de la modernidad de los países "modelos", ahondó el doble aspecto de su dependencia económica y social.

Tanto el proceso liberal, como la dictadura porfirista originaron que la burguesía nacional se entrelazara al capitalismo mundial y a la burguesía internacional, lo que ocasionó fuertes luchas por la hegemonía del mercado interno mexicano, luchas en las que, al final, triunfa la fuerza extranjera.

La burguesía autóctona, desde un punto de vista estricto, no ha existido como tal, ya que desde su origen, al igual que en toda América Latina, se fusionó con la burguesía extranjera, perdiendo todo carácter nacionalista y, dicho en sus propios términos, toda iniciativa empresarial.

El concepto de burguesía es un elemento que debe mirarse sin prejuicios maniqueos, y sí con ponderaciones estrictamente históricas, fehacientes, que pueden corroborarse antes y ahora, en el pasado de derrotas y en el presente de sumisión.

Este tipo de consolidación capitalista en las naciones de la América Latina sólo dio base a la continuidad histórica y al ascenso del dominio imperialista, que reproducía las mismas relaciones, en torno

(4). García Cantú, op. cit., págs. 18, 19 y 22.

al capital, en todo el orbe, provocando una conciencia y el acostumbamiento a una lógica que perdura en la vasta superestructura de nuestras sociedades, en cada clase social.

Esta lógica, esta certeza vivida, esta costumbre socializada tiene como origen la permanente dependencia de un poder extranjero y la experiencia de las decepciones de unas luchas libertarias casi siempre derrotadas; es en el fondo, una virtual resignación ante la injusticia.

Así, la sujeción al extranjero surgió y se consolidó socialmente, de tal manera que ha perdurado a lo largo de nuestra historia, obstaculizando caminos, deformando conciencias, alimentando vicios e imponiéndose sobre el discurso de los nacionalismos o las virtudes de unas razas "de bronce".

La dependencia de lo extranjero se ha dado como condición económica objetiva, pero culturalmente nos ha mantenido en un mundo que tiene como punto de apoyo la visión burguesa y su primacía en todos los actos que realizamos.

Nuestro país se formó en la dialéctica liberal-conservadora; los liberales querían establecer la modernización y el progreso social en el marco ordenado de una legislación con orientaciones democrático-burguesas, que pretendía incorporar a todas las clases sociales armónicamente, según ellos, a la generación de la riqueza. Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano, Guillermo Prieto, etc., son la vívida expresión de esta ilusión y deseo.

Sin embargo, fue tónica predominante que los liberales se opusieran, en el ascenso de la lucha mutualista obrera y campesina, al socialismo, viendo en él una ruptura temible del orden existente. Tampoco compartían el criterio de una mayor intervención del Estado en

la economía; y no veían razón en el ataque profundo que los socialistas europeos hacían a la propiedad privada. Para los liberales el problema no era la existencia o no de la propiedad privada, sino los aspectos de justicia social distributiva, que planteaban una cuestión política y social neurálgica: la concepción de lo democrático.

Frente a la posición liberal, los conservadores, representantes en primer lugar del orden social tradicional o de una visión autoritaria del gobierno y disciplinaria de la ley, en unas sociedades que consideraban desiguales en cultura y necesitadas de corrección y tutoría en su encaminamiento a las formas civilizadas y cultas, en realidad pugaban por la permanencia de lo que ellos consideraban lo correcto, y miraban, asimismo, en la propiedad, el factor de continuidad de la "civilización" y el orden social en el tiempo y la historia. Herederos del antiguo orden colonial, llamaban socialista a todo ataque a "su" propiedad, y se oponían no tan sólo a los intentos socialistas sino a la corriente liberal que impugnaba el tipo de relaciones que ellos mantenían.

Los conservadores, opuestos y escandalizados ante los cambios democratizadores radicales de los liberales, atacaron los proyectos que iban desde los intentos de secularización y democratización, hasta el avance socialista o de organización mutualista que se daba entre los trabajadores.

A los conservadores, pudieron parecerles socialistas las leyes de Juárez y Lerdo, que ponían en entredicho los fueros y propiedades del clero y los terratenientes; existía ya en estos momentos, ante la visión conservadora, una premonición angustiante de los nuevos tiempos y de la ineluctabilidad de los cambios en las relaciones de propiedad. Como lo expresa García Cantú, sus ideólogos, como José Joaquín

Pesado, daban muestra de un profundo desconocimiento, y miedo fatal, a este cambio social que estaba en ciernes en nuestra sociedad, (5).

Es claro que ni liberales ni conservadores compatibilizaban con el socialismo que ellos confundían con el comunismo, ante el cual su oposición total era similar.

Aunque opuestos entre sí, tendían, en mayor o menor medida, a no hacer cambios radicales en la sociedad. Los conservadores, religiosos, terratenientes y "aristócratas" militares, continuaban con los privilegios del orden tradicional y casi esclavista que subordinaba a las clases campesina, artesanal y obrera, en un estado de postergación y miseria y, en términos políticos e ideológicos, de subordinación total. Además, aunque en diferente grado, tenían una actitud hostil o desconfiada frente a las clases medias ilustradas, las cuales buscaban el acceso a una situación social, poder económico y político que no podían compartirse, y que no les correspondía.

Los liberales se oponían al socialismo, sin embargo, con matices, debido a que ellos representaban a la naciente burguesía, que luchaba por su causa propia y que, por decirlo así, veía en la democratización de los espacios estatales dominantes la posibilidad de su propio acceso al poder, mas no el de las clases sociales campesina u obrera.

Cierto es que clamaban contra las injusticias sociales, pero su objetivo esencial no era dar al campesino indígena o trabajador sin tierra derechos sobre ella, ni al obrero gestión en el proceso o la propiedad industrial, comercial o minera. Su interés fundamental consistía en incorporar al país a la modernidad capitalista consolidada ya en los Estados Unidos, como en las metrópolis de Europa.

La asimilación del problema de la situación obrera y campesina por

(5). García Cantú, *Ibid.*, pp. 37-46.

parte de los liberales, se dio, contradictoriamente, desde dos puntos de referencia concretos, históricos, y apegados en lo interno de la posición liberal, a la dialéctica de las clases sociales, pero en una postura de antemano orientada a un fin. Estos referentes fueron, por una parte, los Estados Unidos y su desarrollo deslumbrante, de amplia movilidad social, que se veía como brindando a casi todos la posibilidad de mejorar económicamente; y, por otra, la experiencia de la Comuna de París que también podía verse como la demostración de la relatividad y utilidad burguesa en la sociedad o del hecho de que también los trabajadores podían sobrevivir sin los capitalistas.

Ignacio Ramírez, feroz crítico de las secuelas de la sociedad colonial, si bien avisora la condición del indígena y de los obreros, sólo admite que éstos deben formar asociaciones que ayuden a proteger sus intereses naturales. La concepción de Ramírez miraba, en lo anterior, sólo el aspecto de la legalidad, pues opinaba que la organización del trabajador era, después de todo, una bondad constitucional, que el progreso social iría mejorando paulatimamente, junto con la justicia y la equidad que la Reforma liberal tenía como metas en su proyecto social.

La concepción liberal aunque de tendencia democrática, era una cultura y una visión, al fin, muy opuesta a la emancipación revolucionaria obrera y campesina; y, de hecho, sólo dio continuidad a las luchas y contradicciones sociales en nuestra historia.

El liberalismo, producto de unas capas medias ilustradas, en contacto con los pequeños y medianos comerciantes, mineros e industriales, se fundamentó en los ideales avanzados de la burguesía, y abrió por ello un espacio para que una pequeña burguesía arribara a los reductos defendidos del Estado, logrando su mejoramiento material y,

desde las instancias gubernativas, ampliando el desarrollo del capitalismo.

La pequeña burguesía jugó, así, en nuestra historia social y política, un papel muy importante, pues siempre tendió a conquistar espacios sociales favorables y de privilegio, y una vez instalada en el poder (1917), llevó adelante significativas reformas sociales, aunque éstas, las más de las veces, no hayan sido demasiado profundas, por la imbricación de su propio poder político y económico con el detenido por la burguesía y el capital extranjero, (6).

Históricamente, tenderá ella a oscilar constantemente en los movimientos de clase burgueses y proletarios, lo que la caracteriza como una clase carente de un sustento firme, y la hará frágil e inestable, mirando casi todo el tiempo en función únicamente de sus propios intereses.

El periodo de nuestra historia que va de 1860 a 1900, marca, por un lado, el nacimiento de la clase obrera con conciencia de sí, y, por el otro, la afirmación del campesinado que, permaneciendo en lo que habían sido sus raíces culturales e históricas ancestrales, asimila una base teórica y política que da origen a profundos movimientos que, no obstante ser regionales, conmovieron a nuestro país y sociedad en su conjunto.

Entre 1869 y 1880, se dan dos movimientos agrarios que se proclamaron socialistas: uno, muy cercano a la capital, encabezado por Julio López Chávez en Chalco, otro, por Diego Hernández en Sierra Gorda, en la Huasteca Potosina. Hay sublevaciones en Chiapas (Pedro Díaz Cuzcat), en la Huasteca (Juan Santiago), en San Luis Potosí, en el

(6). Ibidem, pp. 21-22.

Valle de San Martín Texmelucan (Alberto de Santa Fe), (7).

El establecimiento de grandes fábricas en nuestro país, asimismo, proviene de la conjunción de los talleres artesanales y de los obrajes; los primeros obreros asalariados que en el siglo XIX empezaron a organizarse, eran reclutados a menudo entre los artesanos que se dedicaban a diferentes oficios, (8), lo que marcó también rumbos nuevos en lo político y social, en los centros urbanos industriales que empezaron a crearse.

La estructura social se transformó, ofreciéndose al proletariado, al campesinado y a la pequeña burguesía, la posibilidad concreta de actuar política y socialmente bajo una perspectiva nueva en términos históricos, que pretendía otras formas de vida social, (9).

La clase obrera en México, proveniente del trabajo artesanal y de los obrajes, se conforma como movimiento a partir de sociedades mutualistas nutridas por trabajadores artesanos e industriales en lo principal. Su ascenso político e ideológico se forjó y sintetizó alrededor de una serie de pensadores que eran anarquistas y socialistas. Sus organizaciones representativas fueron: El Gran Círculo de Obreros, La Sociedad Artística Industrial, La Social, Centro General de Trabajadores Organizados, El Congreso Obrero, etc.; apoyados en el órgano de mayor combatividad obrera: el periódico El socialista.

Estas asociaciones se dieron a la tarea de ilustrar, politizar y organizar a los trabajadores. Alrededor de quince años llevó a cabo esta labor El socialista en particular; fueron años de duras luchas sindicales, que, dirigidas por socialistas utópicos y anarquistas, expusieron los fundamentos de las contradicciones sociales que luego es-

(7). Ibid., pp. 79-91.

(8). Otero, Mariano; Ensayo, pp. 55-61.

(9). García Cantú; op. cit., pp. 11-12.

tallarían en la Revolución de 1910.

Ellos logran contactos y correspondencia con la Primera Asociación Internacional de Trabajadores y con la Asociación de Ginebra. Con ello se enriquece la plataforma ideológica que se manifestaría en los años de la Revolución, (10).

Adelantándonos un poco, se puede plantear esta idea: la dictadura porfirista, al pretender frenar el ascenso ideológico proletario, exacerbó las fuerzas sociales que, reprimidas, a la larga iban a destruirla.

Otra afirmación que puede tenerse como válida, es que la corriente política generada en las luchas sindicales (mutualistas y gremiales en un primer momento), y los movimientos agrarios, son la expresión de la raíz auténtica de los problemas del país y, con ello, de las corrientes verdaderamente revolucionarias que actuaron entre 1900 y 1922.

Una de ellas fue el Zapatismo, que tiene como antecedente a Julio López Chávez. La otra, el Magonismo, con su propia visión de la lucha y posición ante la realidad, que tuvo como antecedente inmediato la lucha socialista libertaria de los obreros y campesinos que contaba en su historia con ideólogos como Plotino C. Rhodakanaty, Francisco Zalacosta, Santiago Villanueva, Herenegildo Villavicencio, Pedro Porrer, José María González, etc., los cuales, plantearon una visión muy diferente a la visión liberal ante la vida, y la necesidad de enfrentarla luchando, mostrando una convicción recta basada en ideales sinceros.

La postura del movimiento obrero se forjó con la entrada en nuestro país de las ideas socialistas francesas, españolas, inglesas, etc.

(10). Cfr., Hart, op.cit., cap. I y García Cantú, Ibid., pp. 98-119.

Lo dicho acerca del liberalismo sobre esto, ha de decirse también de la concepción anarquista y socialista. Así, el pensamiento de Proudhon, Bakunin, Saint Simon, Fourier, Marx y Engels, será la fuente que orientará la organización de los trabajadores y campesinos, dando sentido a su acción, (11).

En la lucha obrera, mutualista o sindical, que se desarrolla durante el gobierno de Miguel Lerdo de Tejada y durante la dictadura porfirista, las corrientes anarquistas estaban todavía orientadas, sin embargo, por principios utópicos sumamente lejano y casi religiosos: se pretendía conciliar a capitalistas y clase obrera de manera filantrópica y, aunque la actitud anarquista en el movimiento obrero fue de apoyo sincero, en realidad ocasionó una fragmentación e individualismo que, de hecho, facilitó la represión porfirista frente a los intentos oposicionistas.

Plotino C. Rhodakanaty, un inmigrante griego, trató de implantar en nuestro país las tácticas anarquistas inspirado en Fourier, Proudhon y Bakunin; su radio de acción se extendió en el ambiente obrero y agrario, manteniendo contacto, por ejemplo, con Julio López Chávez+. Rhodakanaty publicó en 1861 su Cartilla Socialista, en donde expresa su pensamiento acerca de lo que vivía, y el giro que habían tomado los acontecimientos. Sobre una concepción fundamentalmente cristiana

(11). Hart, John y García Cantú, Ibidem.

*Según nos refiere García Cantú, Julio López Chávez y su actividad guerrillera, "No fue un brote desesperado, sino resultado que cobra vida en un hombre. No era ya el pacífico falansterio de Fourier sino la rebelión armada para independizar a los peones de sus amos...", en su Manifiesto a todos los oprimidos y pobres de México y del universo, Julio López Chávez enuncia una demanda que se apoya en "Ideales socialistas", García Cantú, Ibid., pp. 55-66.

afirma: "...la idea del socialismo germina espontánea e inconscientemente entre las masas del pueblo, porque su conciencia interior le revela por una intuición secreta, que sólo esta doctrina eminentemente filantrópica y humanitaria es la que puede conducirle a su más completo bienestar...", (12).

Rhodakanaty externa una concepción religiosa o mística en el logro de la conciencia socialista. Su apoyo al mejoramiento social de los campesinos y los obreros es evidente; y a pesar de que los medios que preconizaba no eran violentos, ni pretendía conseguir sus objetivos mediante una revolución, su actividad organizadora y su apelante oratoria sobre la igualdad humana generarían movimientos sociales de fuerte oposición a la política liberal y, posteriormente, a la dictadura porfirista, impulsando con ello el ascenso organizado del pueblo. Son elocuentes las expresiones de Rhodakanaty sobre sus objetivos; como podemos recogerlas en sus Escritos : (para que) "...las clases obrera y agrícola de México, conozcan los verdaderos principios científicos en que se funda la doctrina sociocrática de la que tanto se habla y se debate hoy... y que alguna vez el pueblo mexicano llegue a emanciparse del terrible yugo de la plutocracia por medio de la asociación.", (13).

Las asociaciones de trabajadores se componían de artesanos, sastres, impresores, que mostraban una particular combatividad. Ellos trataban, sobre todo, de formar una organización obrera que se abocara a la lucha por el socialismo. Eran gente que aun sin estar sindicalizadas o en algún partido político se plantearon una salida radical.

(12). Rhodakanaty, Plotino D.; Escritos, Prólogo, pp. 9-11.

(13). Ibidem.

Las condiciones sociales eran especialmente duras y difíciles. El ascenso industrial impulsado por la Reforma y el posterior entrelazamiento del régimen porfirista con el capital monopolístico y financiero europeo y norteamericano, imponían los marcos del crecimiento del proletariado dentro de lo que era la nueva empresa de la burguesía "nacional" y extranjera. Este hecho conducía a que los planteamientos obreros fueran, por decirlo así, más una respuesta a esas condiciones que una elaboración autónoma.

Este punto es clave, pues, de hecho, sin subestimar al movimiento proletario, su conformación y politización y su conciencia de su ubicación social, aunada a los años de lucha y a las sucesivas derrotas, se forjan en una cierta ausencia de conciencia de clase para sí, tanto entre los trabajadores como en los campesinos.

Por ejemplo, ni aun entre los dirigentes de las organizaciones obreras se dejó de sentir la influencia liberal burguesa, en el sentido de clase del término, y las reivindicaciones, cuando la dictadura empezó a golpear al movimiento, se concretaron generalmente sólo a la petición de mejores condiciones de trabajo y al apoyo del proceso de Reforma, dado que el progreso económico general del país, eso creían, fortalecería la situación económica de los trabajadores y, con el apoyo de éstos, se fortalecería asimismo una política "nacionalista".

A partir de 1871, la penetración de las ideas anarquistas entre los obreros se dejó sentir con mayor fuerza, pero su concepción no los hizo avanzar en ataques profundos en contra de los capitalistas o de las medidas de coerción que el gobierno imponía. Los esquemas simplistas abundaban, y, estratégicamente, no se dieron bases suficientes para una posición revolucionaria concreta, aunque allanaron el camino a la conciencia mayor de las contradicciones.

Proudhon, Bakunin, Fourier, Saint Simon, etc., fueron más leídos que Marx, Engels u otros representantes del socialismo científico. Acorde con el sentir anarquista, la lucha obrera en México, y sobre todo el pensamiento de sus representantes, fue, como queda dicho, más una respuesta de instinto que una organización revolucionaria: fue una amalgama de descontentos sociales, que estallarían más tarde, en 1906, y, en el proceso de concentrar un odio y una militancia infranqueable, darían pie a movimientos como el magonista.

Francisco Bañuelos y sus publicaciones sobre Fourier, su Constitución Obrera (1874); José María González y los periódicos El Socialista y El Hijo del Trabajo; Alberto Santa Fe y su Ley del Pueblo, consustancian la base teórica y práctica de los intelectuales socialistas, que van a ir adquiriendo una visión en la que la realidad se comprendía cada vez más como una lucha de contrarios, contra la autoridad y la propiedad privada, impugnándolas, llevando la polémica y la acción a la raíz del asunto.

Autoridad y propiedad privada son conceptos que empiezan a ser cuestionados como elementos "organizativos de la sociedad" (Mariano Otero).

Hay una conjunción, aunque contradictoria, entre socialismo, anarquismo y liberalismo. Su simultánea comparecencia y mezcla nos brindan una serie de pautas para el análisis, y nos aclaran ciertos rasgos de la lucha magonista, de su raíz y de su adopción del anarquismo. Una nueva visión y un nuevo ritmo de vida influenciados por un proceso mundial, dejaban su impronta en la mente de muchos mexicanos, en la certidumbre de una idea y en la convicción de una lucha que fue llegando a límites tan radicales, que aún hoy son fuente de esperanza y claridad.

CAPITULO 2

EL "ASCENSO" A LA NUEVA VIDA

- La ideología liberal como espacio o dimensión de lo social
- El ritmo de la lucha: del liberalismo al anarquismo y socialismo
- El romanticismo, el pragmatismo y el socialismo
- La consolidación del capital

La transformación industrialista del capitalismo durante el porfirato modificó profundamente las estructuras sociales y económicas en México. La conformación de estas estructuras adquirieron en el campo mexicano puso en evidencia la dependencia y subordinación de nuestro país a los esquemas y modos de vida provenientes del exterior.

La industrialización, movida a partir de pequeños y medianos productores, ahondó en nuestra sociedad la división del trabajo. El crecimiento proporcional de la clase trabajadora y de las capas medias bajo la coercitiva paz social porfiriana, amarró, como hecho social, una tendencia hacia una modernidad capitalista.

Campeños e indígenas fueron compelidos al reclamo de esta modernidad hecho por la burguesía; era, en síntesis, el ascenso a un nuevo modo de vida en nuestro país. Un nuevo modo que exigía la destrucción de los "vicios" coloniales, de las formas productivas que se suponía que impedían el progreso nacional.

La contraparte de destrucción que ello implicaba, comprendía la forma antigua de propiedad de la tierra y la organización que en ella se daba. El liberalismo se proponía destruir el latifundio y, sobre todo, la forma comunal de producción de la tierra, esto es, el ejido.

En gran medida, los liberales lograron lo que se proponían, pero al pretender crear al pequeño productor, embrión de un moderno capitalista, vino a emerger el fenómeno de la penetración del capital extranjero en nuestra sociedad, y, con ello, la incorporación de México al capital internacional en su etapa industrial y financiera, en calidad de país dominado.

La parcial destrucción de las antiguas formas de producción, motivó la movilización de grandes sectores campesinos y rurales de la población a la búsqueda de subsistencia; gente despojada de su tierra,

se vio obligada, por un lado, a ubicarse en las haciendas bajo condiciones de asalariada, como peones, como trabajadores eventuales, como arrendatarios, como medieros, etc.; o, por otro lado, a tratar de incorporarse a la producción industrial en las contadas ciudades en que se concentraban las fábricas que se fueron creando.

Este hecho, que iba de la mano con la perspectiva liberal de transformar la organización de la propiedad en nuestro país, parecería tener una lógica natural a la luz de un análisis histórico social a posteriori, pero esta historia de despojos y destrucción de las relaciones ancestrales en el campo, y su mutación por otras, conmovió profundamente la conciencia del hombre del campo. Su tradición se vio radical y violentamente remecida, uniendo su historia para siempre, a la historia del naciente obrero en los centros industriales, en las haciendas, y encontrando en la forma asalariada la forma principal o única de sobrevivencia de los despojados.

El nuevo México imponía nuevas formas de organización social en torno a las dos grandes realidades, de capitalistas y asalariados. Y el pueblo, finalmente, fue obligado a aceptar un nuevo modo de vida. En la nueva metamorfosis de la dependencia existente desde la Conquista, se desvirtuó el sentido de lo democrático que se quiso proclamar a partir de la independencia. Nuestro país, y el mundo latinoamericano en su conjunto, agudizaron con el modo capitalista, su proceso de aculturación y sujeción, bajo una forma nueva, que determinó en las clases sociales otras relaciones y que impuso la nueva lucha del campesino y del obrero. El "tono de la vida", de esta manera, fue marcado por la lucha de clases, y por la estrategia de ellas en esta lucha.

Es por lo que se hace imprescindible mirar en el positivismo y en

el anarquismo y socialismo, la síntesis de unas perspectivas que orientaban los derroteros del país, y los resultados de un enfrentamiento que, pronunciado por la burguesía y el movimiento obrero y campesino, dictó el ascenso de una lucha por la modificación de la sociedad y por un orden más justo, y que, sin importar los elementos que este cambio requeriría, compelió a que los obreros y los campesinos hicieran estallar, en los albores de este siglo, una de las luchas más sangrientas de nuestra historia, obligando con ello a los que vendrían tras ellos a recuperar el sentido de lo justo, de lo democrático y de lo revolucionario.

Tomo como título de este capítulo la idea de "ascenso" que dejó en mí la lectura del impresionante libro de J. Huizinga, El Otoño de la Edad Media, acerca de la forma paulatina en que dentro de un mundo se gesta otro nuevo que asciende poco a poco, mezclada con el proceso anterior. Pues una lectura como esta, arraiga el deseo de la búsqueda por los elementos esenciales que motivan la vida de las sociedades y los impulsos a sus proyectos y deseos más íntimos que, sintetizados, cobran vida en los hombres de una época que como la del México del siglo XIX, concentraba en ciertos sectores sociales el anhelo de algo más bello para nuestra sociedad, y que sin embargo, en realidad sólo instituyó entre las clases populares la convivencia con la pobreza y la miseria.

La gran sociedad mexicana y la grandeza de "lo mexicano", como su prototipo, en la idealización liberal, se habían ido convirtiendo paulatinamente en algo inalcanzable, en algo que, a pesar del paso de los años, no alcanzaba a ser una realidad social.

La aspiración a esa grandeza, en el alegato y la búsqueda de un camino hacia la modernidad, se identificaba con una sola vía institucional y legal que ordenaría la vida anárquica que había seguido a la lucha por la independencia. Para los liberales, una vez obtenidas las reformas legales que propiciaban y que los favorecía, no se precisaba luchar violentamente por el cambio social; sólo se trataba de consolidar lo alcanzado y de arribar, lo más pronto posible, al progreso económico.

Este espíritu individualista, ansioso de una vida mejor, reemplazó el esquema colonial y su viejo empleo de la producción económica, permitiendo que la lógica del capital marcara la pauta de la economía y el ritmo del cambio social en México.

Para ello fue preciso mutar el orden de cosas existente e imponer un esquema o modelo político acorde a la nueva vida deseada.

En la forma federativa, en la desamortización de las propiedades del clero, en la facilidad crediticia y en la eliminación de las tradicionales comunidades agrarias, cifraban muchos liberales la gran fórmula del progreso de la sociedad y de la nueva configuración del Estado. Ya el México de 1857 es, en muchos sectores sociales, un país capitalista, y los años subsecuentes irán ahondando esta nueva forma en la conciencia de los individuos.

Desde 1830, la existencia del Banco de Avío, nos muestra cómo las mentes ilustradas veían en la rotación del capital, de su impulso, la posibilidad de crecimiento para el país. Lucas Alamán era un conserva-

dor que no desvariaba en su sensibilidad en lo económico. Ciertamente, algunos conservadores vieron en la industrialización, por medio de un capital que la financiase, la vía del progreso del México de aquel entonces.

Se precisaría consignar una infinidad de datos más, para aclarar lo que pasaba en las conciencias conservadora y liberal. De hecho, sólo en algunos hombres se perfiló visionariamente lo que cabía hacer. Lucas Alamán como estudioso de las costumbres mexicanas lo vio. Asimismo, Mariano Otero y José María Luis Mora percibieron bien el qué hacer en la sociedad de su tiempo, penetrando en las raíces de su propia clase y vislumbrando, así, la luz del capitalismo o, como ellos lo entendían, la realización del espíritu liberal.

La conciencia de los hombres de letras se transformó, y el Estado y gobierno nacionales fueron orientándose con base en este cambio. Las características del antiguo régimen y su organización socioeconómica se cambiaron por un orden frío y racional. El Depósito, la Alhóndiga, los hospitales de beneficencia y la mentalidad caritativa, fueron reemplazados por la teórica igualdad ante la ley y por la ganancia capitalista. Los trabajadores urbanos y campesinos fueron arrojados y compelidos a buscar cualquier trabajo asalariado, ya fuera en las haciendas o en los talleres urbanos.

La estructura social se tuvo hasta generar internamente una burguesía propiamente como tal, compuesta por ricos pueblerinos "medianos", que ligados al contrabando y a la arriería, a las capas medias de la ciudad, a caudillos militares, abogados liberales, políticos y periodistas, luchaban por imponer su hegemonía en el Estado, (1).

Ante esta irrupción ideológica, encontramos una coincidencia en lo

(1). Argüello, G.; "El primer siglo de vida independiente...", op. cit., pp. 121-128.

económico. La necesidad del capital para financiar el progreso, para consolidar "positivamente" la democracia liberal, que la naciente burguesía precisaba para su fortalecimiento.

Si entendemos que el final de la Colonia planteaba formalmente el inicio del imperio de otro modo de producción, es posible hacer notar que a mediados del siglo pasado ya habían entrado en la dinámica social características capitalistas que tienen su expresión en hechos como las "fortunas monetarias, renta en dinero, desarrollo del mercado y el capital comercial", que dan paso al establecimiento capitalista. De igual manera, la paulatina desaparición de las encomiendas, de las comunidades indígenas y la transformación de la pequeña propiedad van reorganizando el sistema de propiedad y explotación económica, (2).

Los centros urbanos dan paso al nacimiento de las industrias en mediana y pequeña escala. La fabricación de productos que giraban en torno al azúcar, al aguardiente, el papel, los textiles, las herrerías, el calzado, el vidrio, el aceite, el jabón, etc., dispersas algunas en la zona norte del país, habren camino a la integración del campo y de la industria que posteriormente será absorbida y dominada por el capital extranjero. La industria creció incrementando la división del trabajo y el establecimiento de los pequeños y medianos productores, (3).

Es un hecho el que la economía nacional creció mayormente con el despojo de los propietarios indígenas y campesinos comunales, creándose así una fuerza de trabajo desocupada que la necesidad iría obligando a buscar un salario, tanto en estos centros urbanos industriales como en las nuevas haciendas. Las relaciones sociales se fueron

(2). Semo, Enrique; Historia mexicana, economía y lucha de clases, pp. 48-49 y 62-63.

(3). Argüello, Ibid., pp. 149-150.

transformando en este sentido y la incipiente capacidad productiva industrial fue tornando su derrotero hacia el capitalismo.

El proceso liberal con todo su bagaje ideológico, se empeñó en la destrucción de toda forma productiva comunitaria; pero si bien su doctrina social "individualista" les hacía querer impulsar la pequeña propiedad, con el fin de estructurar y conformar un mercado interno con productores y consumidores especialmente preparados o educados y, aún más, culturalmente ligados al nuevo modo de vida, este deseo se vio desdicho por la creciente dominación del moderno latifundio, es decir, de la hacienda.

La hacienda sustituyó a la encomienda, abrazando en su interior diferentes tipos de formas asalariadas y productivas. Su conformación varió, desde luego, según su ubicación geográfica en el gran mosaico de situaciones, herencias y climas que era el país. Por ejemplo, la hacienda del Sur y Sureste de la República se distinguió por el alto grado en el deterioro de las condiciones de trabajo y en la forma de desempeño del mismo. De igual modo, las condiciones climáticas y naturales de la tierra, permitieron establecer una regularidad tanto en la explotación del suelo como en la de sus cultivadores.

En síntesis, los liberales al querer impulsar la pequeña propiedad, sólo abrieron el camino y lo allanaron para que los grandes propietarios latifundistas se fortalecieran absorbiendo toda la gente desocupada y desposeída. La hacienda devino así en la entidad que sustituía a la encomienda y al ejido, y su dimensión social y económica llegó a fungir en México por excelencia en la principal "forma de propiedad y también como categoría administrativa", como nos lo dice Enrique Jemo. Y... "La fundación de la hacienda concuerda con la expropiación de las comunidades indígenas y el surgimiento de un ejército de tra-

bajadores libres o semilibres... La hacienda es el latifundio, la gran propiedad agraria mexicana...", (4). Así, ella es en sí misma una prueba fehaciente de la consolidación capitalista, aunque haya sido muy variada, según la región geográfica de que se trate, y su composición social también denotará regionalmente caracteres muy diferenciados.

La consolidación de la industria y de la hacienda se refrenda en las Leyes de Reforma y se continúa en el porfiriato que, no siendo un periodo que pudiera llamarse democrático, fortaleció indudablemente las relaciones capitalistas internas y la vinculación e, incluso, el sometimiento de sectores claves de la economía del país al capital extranjero. De hecho, el desarrollo industrial de entonces debe atribuirse por lo menos tanto a las iniciativas del capital extranjero como a las iniciativas internas.

En este sentido hay que hacer resaltar que es característica de los países latinoamericanos, y por supuesto de México, la ausencia de una burguesía industrial y financiera, situación que se puede atribuir a todas las causas que se quiera, pero que en definitiva tiene una raíz profunda en la dependencia secular de las economías nacionales a las metrópolis. Y por ello también en nuestros países la industria no lograría un pleno desarrollo, y nuestra relación económica con esas metrópolis ha estado siempre marcada por el hecho de ser fundamentalmente nuestras economías proveedoras de productos agrícolas, orientadas a la exportación. Así, la transformación de la producción agrícola y de las relaciones sociales en el campo mexicano fueron la expresión del proceso y el deseo modernizador pero, en esencia, dependiente.

Paralelamente, el ascenso capitalista ahondó el proceso de acultu-

(4). Zemo, op. cit., pp. 65-66.

ración y, con ello, la adopción de las formas de vida y de pensamiento de los países que se tomaban como modelos: sus formas filosóficas, políticas e ideológicas que, representadas en nuestra sociedad, salvadas las grandes excepciones, crean al hombre moderno en América Latina y en nuestro país, como una repetición, siempre a la zaga, más que como una genuina conciencia nueva y nacida de la propia realidad.

Mas el desenlace del espíritu liberal motivó muchas contradicciones en la sociedad mexicana. Un paso sangriento y difícil se dio en el periodo 1867-1872, esto es, en lo que puede estimarse como el colofón de lo iniciado en 1808. La imposición del ideal pragmático liberal en su transición al enfoque positivista, generó como consecuencia en la base campesina y obrera un rechazo que, acorde más con su sentimiento de clase y como forma de protección, diera paso a otra postura ante aquella: esta respuesta fue el socialismo libertario.

El paso de la ideología liberal a la postura positivista, proviene del significativo cambio de actitud adquirido por los liberales cuando éstos alcanzan el poder. La vasta superestructura de las clases sociales iba adecuándose al cambio. Los liberales de convicción más honrada y beligerante, una vez en el poder, rindieron tributo a su esencia de clase, y, de una fase de combatividad, se orientaron a consolidar un espacio, para ellos de verdad democrático, con "su" modelo de sociedad.

El ideal de la modernidad se hizo patrimonio de las clases alta y media, con lo cual todo el espíritu liberal se impregnó de un afán práctico por obtener un mundo similar al de Estados Unidos. Ello mismo significaba ir trocando sus deseos de cambio inclinándose, como clase hegemónica, hacia formas de apaciguamiento o represión de todo descontento social. El capitalismo requería, para su desarrollo, de

tranquilidad, y el instrumento ideológico justificativo más retribuyente para las buenas conciencias fue el positivismo: era el espíritu pragmático, consecuente con la industrialización, la ciencia y su tecnología, era el argumento de los "nuevos" liberales convertidos en positivistas.

La ideología del cambio se tornó también en la aspiración por la conservación del orden para el progreso, y, para ello, el pensamiento liberal requirió que su perspectiva se tornase, por así decirlo, axiomática. Ante esto, la explicación positivista adquirida por los ideólogos, se convirtió en la única "Filosofía verdadera".

Los espacios de dominio político se formaron desde una inspiración y desde una visión idealizada de la realidad. De nuevo, como había sucedido antes con los primeros liberales, los intelectuales positivistas adoptaron un método y un modelo importado para ser impuesto en nuestra sociedad. La emulación del mundo angloamericano fue la tónica característica de unos pensadores que no se atrevieron a mirar en profundidad las raíces de una sociedad mexicana envuelta en un mar de contradicciones.

La modernidad y el ideal positivista engendraron de nuevo hombres que tendieron a cultivarse en el esquema extranjero, y que pensaban que con el hecho de traer a México esta ideología se resolverían una serie de problemas sociales y políticos. Como dice Leopoldo Zea, "El positivismo fue una filosofía utilizada como un instrumento por determinado grupo de mexicanos" y "Los positivistas mexicanos eran muy conscientes del carácter instrumental de su filosofía...", (5).

De esta manera, el tránsito al nuevo estilo de vida se vio impulsado por la burguesía que, inundada de ese espíritu burgués europeo, (5). Zea Leopoldo; El positivismo en México, p. 28.

imitaba su quehacer, y, de la combatividad, pasó a una actitud conservadora. Aunque el "brío" liberal había despertado a las clases postergadas de la sociedad mexicana en un momento dado, hasta llevarlas a rebelarse contra las ataduras coloniales, ahora, alcanzada la hegemonía en el Estado, precisaba impedir que esas clases postergadas obtuvieran sus objetivos.

Si el positivismo fue "importado" para la defensa ideológica y práctica del quehacer burgués, colando en la oscura conciencia de éste con el sombrío argumento del "darwinismo social", el pensamiento anarquista y socialista por el contrario, fue el argumento de defensa de un intento de liberación y cuestionamiento que, como en Europa, demandaba la liquidación de las oprobiosas condiciones del trabajo en el campo y en la industria.

La práctica positivista destilaba la fría lógica de un ejercicio implacable del poder, a menudo sanginario y asesino. La práctica libertaria se inspiraba en un ideal más hondo, más libre, y que, como hoy, tiene que cuestionar lo existente para que el conjunto humano pueda sobrevivir.

La burguesía utilizó a las clases populares en la "Guerra de tres años" o de Reforma contra los conservadores. Circunscrita al legalismo, pretendió, con la Constitución de 1857, destruir los privilegios que tenían clero y terratenientes; de igual manera, procuró dejar instituidos como nos dice José C. Valadés, "...las libertades políticas, ...la abolición de la esclavitud, la igualdad ciudadana, la libre expresión del pensamiento; la obligación remunerada del trabajo; instituyó el régimen liberal y el gobierno representativo con la división en tres poderes completamente separados." (6). Pero objetivos tan pre-

(6). Valadés, José C.; El socialismo libertario mexicano, pp. 14-15.

cisamente planteados sólo manifestaban que el fin era de reforma y no revolucionario, que el afán predominante era el liberal, el cual tiende a beneficiar a los sectores con mayores posibilidades económicas sin dar posesión a las clases campesina y obrera. La actitud revolucionaria hubiera significado actuar en este último sentido, radicalmente, y el espíritu liberal no era radical.

La conciencia liberal en nuestro país proviene del descontento y del espíritu innovador del criollo, con una fuerte raíz eurocentrista. Aunque el criollo en nuestra sociedad tendió hacia un profundo mestizaje, un sentimiento de autosuficiencia ideológica y práctica definió su quehacer social. Ello afloró en la búsqueda de una afirmación nacional, y, posteriormente, en la consolidación de la corriente positivista*.

La raíz de la conciencia liberal y de la positivista fue al fin la misma: se definió en medio de contradicciones ideológicas, pero su resultado final se enmarcó en la negación del indígena, en la negación racial y cultural del propio pasado.

Por plantear este problema desde una posición crítica, la lógica institucional impuesta en la sociedad mexicana en la etapa posterior

*Brading nos menciona toda la polémica existente alrededor de los símbolos que nos podrían identificar como mexicanos. Servando Teresa de Mier, al querer encontrar una raíz nacional, recurre a la visión humanista del sacerdote Bartolomé de las Casas y de su vivencia con los indígenas. Y, a partir de este rescate, quiere conciliar las posturas radicales y conservadoras, lo que motivaría en aquél una concepción liberal opuesta a la que triunfó en nuestro país. Cfr., Brading, David; Los orígenes del nacionalismo mexicano, cap. II.

Leopoldo Zea por su parte, nos refiere cómo los positivistas tienden a "renegar" del origen indígena y, al igual que los liberales, se inclinan hacia la teoría y práctica anglosajona, evidenciando su menosprecio por la gran masa trabajadora y campesina. Así, todo espacio de libertad en la élite intelectual se fue cerrando, sin dar cabida a la crítica y al ambiente social verdaderamente democrático y revolucionario sellando un destino dependiente para nuestra nación, hasta en sus formas de conciencia social. Cfr., Zea, Leopoldo, op. cit., Secc. VI, Parte tercera, pp. 253-261.

a la Constitución de 1857, definió en la conciencia liberal y en la positivista una actitud negativa frente a la solución de los problemas esenciales de los países colonizados, esto es, la imposición cultural y económica de la que fuimos objeto.

La cuestión de fondo no podía alcanzarse sino desde una posición crítica, y esta visión, hay que tenerlo bien claro, los liberales dada su concepción, no la tuvieron, al igual que los positivistas.

La corriente anarquista y socialista, al cuestionar el orden económico y social existente, sí llegaban al fondo del problema.

El espíritu crítico socialista surgió así, como respuesta dialéctica al desarrollo capitalista. Y su expresión en sectores de la pequeña burguesía ligados a la vivencia del trabajo fabril, artesano y agrícola, era resultado de la clara comprensión de que la liberación del campesinado y los trabajadores, implicaba también la liberación de todas las clases sociales.

Como ya queda dicho, nuestra experiencia ideológica proviene, en su mayor parte, de las enseñanzas del Viejo Mundo. El siglo pasado vio nacer en el ámbito laboral y campesino el pensamiento mutualista y, posteriormente, socialista. Tuvo uno de sus orígenes, en México, en la Escuela de Filosofía Trascendental, fundada entre otros por Plotino C. Rhodakanaty, un anarquista inmigrante griego, que trató de reunir a los intelectuales interesados en "...la organización real de la vida intelectual, moral y social... estableciendo así la solidaridad universal sobre el globo y dar un impulso supremo al progreso infinito de la humanidad." (7)

El planteamiento que se difundió en las capas trabajadoras y cam-

(7). Valadés, Ibidem, p. 19.

pesinas era, en el fondo, trasunto de la experiencia de los núcleos anarquistas y socialistas organizados en España y Francia.

En cierta manera, la concepción ideológica anarquista se internacionalizó en las masas urbanas artesanales, y de igual manera en los campesinos que, provenientes de una cultura comunitaria, fueron adhiriéndose progresivamente a la tendencia antiliberal, aspirando de nuevo a la propiedad de la tierra, y a mejorar sus condiciones de trabajo.

La organización artesanal y obrera empieza a manifestar una forma definida a partir de 1853, bajo la dictadura de Antonio López de Santa Anna, ... "En 1854, existían en la República, cincuenta fábricas de hilados y tejidos con un valor de diez millones y medio de pesos, dando ocupación a 12 mil quinientos obreros. El promedio de salario diario era de tres reales...", y en este ámbito, es como nace la "primera organización obrera del país". Sombrereros de la ciudad de México, se constituyeron como la Sociedad Particular de Socorros Mutuos, con bases orgánicas y reglamentadas, y como nos dice el mismo Valadés, en un ambiente de "libertad, igualdad y fraternidad", (8).

Es indudable que la actividad que se dio en el proceso social durante los años posteriores a 1850 infundió un apasionado deseo de un rápido cambio entre las clases trabajadora y campesina, con un planteamiento social que iba a remecer la vida y la conciencia de los campesinos e indígenas despojados de sus tierras, y, asimismo, de los artesanos, que en el desarrollo industrial hubieron de verse arrastrados a una explotación mucho más intensa.

Mas el ascenso liberal en el país que era México, sujeto aún a muchas condiciones coloniales, y culturalmente ligado al extranjero, tu-

(8). Ibid., pp. 11-12.

vo que enfrentar también una lucha antiimperialista contra Francia.

La guerra, ciertamente, la ganaron los liberales apoyados en el pueblo pero no sin grandes pérdidas económicas y sociales. El gran endeudamiento obligó al gobierno triunfante a una serie de concesiones en beneficio de los capitalistas extranjeros. Este hecho histórico dio realce a la relación dialéctica de las clases sociales, abriendo el camino en la sociedad mexicana al sometimiento de los asalariados, ya fueran campesinos u obreros.

En palabras de Ignacio Ramírez, existe un reconocimiento que García Cantú nos refiere, ... "El más grave de los cargos que hago a la Comisión, dijo Ramírez --a la Comisión encargada de elaborar el proyecto constitucional--, es el de haber conservado la servidumbre de los jornaleros. El jornalero es un hombre que a fuerza de penosos y continuos trabajos arranca a la tierra, ya la espiga que alimenta, ya la seda y el oro que engalana a los pueblos. En su mano creadora el rudo instrumento se convierte en máquina y la informe piedra en magníficos palacios. Las invenciones prodigiosas de la industria se deben a un reducido número de sabios y a millones de jornaleros: donde quiera que existe un valor, allí se encuentra la efigie soberana del trabajo." (9)

La disidencia radical del Constituyente de 1857 no obstante, fue acallada. Así la institucionalización del capitalismo enmarcó las relaciones sociales aún después de la lucha antiimperialista y, posteriormente, continuó enmarcando los derroteros de la política gubernamental del régimen porfirista. Este hecho, que al paso de los años se tornó en contra de la masa desposeída, iba a generar los intentos de organización proletaria, sustentándose para esto en el socialismo.

(9). Citado de Francisco Zerco; Historia del Congreso Extraordinario Constituyente (1856-1857), p. 470, Cfr. en García Cantú, op. cit., p. 15.

A partir de 1860, en la ciudad de México se viven momentos de aca-
loramiento político, y es en este contexto en que llega el griego Flo-
tino C. Rhodakanaty con sus ideas comunitarias agrícolas inspiradas en
los pensadores anarquistas Fourier y Proudhon, mostrando poco tiempo
después, la necesidad de integrarse a los sectores intelectuales medios,
para tratar de encontrar otros caminos en la estructura laboral urba-
na, ya fuera artesanal o fabril.

Rhodakanaty influyó grandemente en un grupo formado por él que, al
estar relacionado al medio laboral, impulsaría, primero, algunas organi-
zaciones intelectuales y, en segundo lugar, que éstas tuvieran un papel
de concientización entre los trabajadores. Estas actividades se acom-
pañaban del deseo de dar forma a un programa de acción que motivara en
las clases trabajadoras el deseo de un retorno a un sistema cooperati-
vo con base en los talleres artesanales, con las colectividades y las
comunidades agrarias, que como puede inferirse, funcionarían directamen-
te como elementos productivos opuestos a la lógica capitalista.

Este pensador griego iba a actuar en la difusión de la ideología
anarquista por espacio de veinte años (1860-1888), y su práctica pe-
dagógica generaría una serie de simpatizantes que, egresados e in-
fluenciados por la Escuela de Filosofía Trascendental, desplegarían
numerosas actividades para contrarrestar los efectos que la doctrina
liberal-positivista oficializada por el régimen porfirista estaba im-
poniendo.

A Rhodakanaty el profundo deseo por concientizar a los obreros y a
los campesinos lo llevó a escribir varias obras, "...era ante todo --
dice John Hart-- un maestro selecto y un propagandista de información
para las masas, y por consiguiente se dedicó a escribir tratados fi-
losóficos y artículos periodísticos dirigidos generalmente, pero no

siempre, a los lectores artesanos y obreros de la prensa socialista." (10)

De esta manera, el preludio de la organización obrera y campesina con profundas raíces autóctonas, mezcladas con la teoría socialista libertaria se llevó a cabo ante la influencia de intelectuales que, como amigos de Rhodakanaty, fueron planteándose a sí mismos coincidencias en los objetivos socialistas, aunque en muchas ocasiones con bases heterogéneas, como era el hecho de parcializar la teoría por rumbos únicamente laborales, o criterios económicos o, inclusive, de esencia religiosa.

No obstante, el ritmo de la vida en la ciudad de México estaba impregnado de un fuerte sentimiento liberal y su influencia traspasaba la ideología de casi todas las clases sociales, lo que condujo en muchos casos, a un eclecticismo evidente entre las capas intelectuales, sobre todo entre los pensadores libertarios, al mezclarse en muchos de ellos los ideales socialistas y los liberales.

Los años que siguieron al triunfo sobre el ejército francés, acentuaron la influencia y el dominio social liberal, lo que facilitó lo que podríamos llamar una transición en la recomposición de las fuerzas sociales que llegarían a ser dominantes en la cúpula estatal, lo que directamente preparaba el terreno para un reajuste en los ámbitos de la administración pública y en la vida política nacional.

En esta dinámica, la sociedad civil y sus relaciones vio mutar sus esperanzas y su vivencia cotidiana. El ascenso liberal hacia una perspectiva positivista repercutió profundamente en la actividad organizativa de los obreros --apenas conformados como clase social-- y en los campesinos despojados de sus tierras. Porque objetivamente, la dictadura porfirista, al incorporar a la fuerza de trabajo asalariada al

(10). Hart, John; op. cit., pp. 44-45, y también del mismo autor su obra El anarquismo y la clase obrera mexicana 1860-1931, que es la misma que la ya citada, sólo que en versión ampliada y con otra traducción.

capital ató a los obreros y a los campesinos a la relación patronal típica del capitalismo.

Ante lo anterior, ideólogos influenciados por las ideas socialistas y entre ellos Rhodakanaty, plantearon una alternativa que no obstante contener una visión idealizada por desconocimiento, hasta cierto punto, de las leyes internas del capital y sus efectos en nuestra sociedad, tendían a cuestionar el régimen de la propiedad, la competencia, el Estado, la política y los partidos políticos, (11).

La labor de Rhodakanaty, tendiente a la divulgación y propaganda mutualista y socialista así como al intento de concientización de las masas, definía lo que a su juicio significaba la "actividad societaria", esto es, la inclinación hacia una actitud en el ser humano a "la más completa satisfacción de la libertad humana", de donde las "situaciones sociales" puedan llegar a "conciliarse la libertad individual con el orden general." (12)

En este sentido, Rhodakanaty influyó grandemente en la formación intelectual de los grupos anarquistas y socialistas en la ciudad de México y en el Valle de México. Ya desde 1863, junto con compañeros de ideas como lo fueron Francisco Zalacosta, Santiago Villanueva y Hermenegildo Villavicencio, Rhodakanaty funda la Escuela Libre y, más tarde, en 1868, el Club Socialista y La Social, (13).

Su labor se orientó, como antes decíamos, fundamentalmente a la divulgación socialista y mutualista, y su influencia en los sectores artesanales, campesinos y capas medias radicales fue evidente. En su

(11). Hart, J.; El anarquismo y la clase obrera..., pp. 35-40.

(12). Rhodakanaty, P.C.; Escritos, p. 52.

(13). Hart, Los anarquistas..., pp. 49-50; Valadés, op. cit., pp. 17-19 y García Cantú, op.cit., p. 420.

práctica intelectual era evitada toda intención directa de una revolución violenta, pues tenía como norma actuar dentro de los límites de la negociación entre trabajadores y patrones rehuendo, por tanto, toda manifestación contraria a la supuesta armonía de las clases sociales. Su definitiva inclinación por el mutualismo, contrapuesto en ese momento al socialismo, llevó a Rhodakanaty a una acción conciliadora ante las autoridades patronales y el gobierno, actitud que en varias ocasiones fue rebasada por sus propios discípulos.

La idea de la llegada al socialismo mediante la cooperación y la fraternidad entre los individuos imprimió, en la mente de Rhodakanaty, una clara postura de evitar los conflictos armados, pero, contradictoriamente, su idea del avance y objetivo socialista, planteaba un argumento que en la práctica social, no funcionaba en sus intenciones pacifistas.

El pensamiento de Rhodakanaty al ser plasmado sintéticamente por él mismo, se explica en el siguiente párrafo, "... que todos los medios que se han puesto en práctica hasta la fecha para mejorar los destinos de la humanidad, han sido insuficientes para obtener el fin a que se dirigían. Mas esta impotencia radical debe atribuirse a que siempre se ha combatido el mal de una manera lenta y parcial en circunstancias tales como las presentes, en que su incremento y desarrollo reclaman imperiosamente la necesidad de atacarlo en su masa total para destruirlo y desarraizarlo desde su origen... Hoy el socialismo es el único capaz de obrar en un sentido tan favorable y benéfico para obtener la regeneración del pueblo...", (14).

Los medios para llegar al socialismo eran, según Rhodakanaty, "la ciencia, la belleza y la virtud", es decir, la moral opuesta a una

(14). Rhodakanaty, op. cit., pp. 63-64.

realidad capitalista que en ese momento ya tenía en la iniciación positivista, el medio de organización de la sociedad mexicana y de su progreso requerido, desde el Estado, imperiosamente. Los fines socialistas y positivistas se contraponían y enfrentaban socialmente como productos antagónicos de dos proyectos de clase, (15).

Pero al igual que la asimilación de un proceso social y político nacional se va incorporando muchas veces lenta y pausadamente en cada clase social, el pensamiento socialista tendió a ser puesto en práctica por un grupo intelectual que, a partir de la pobreza económica generalizada de la población, fue radicalizando su ideología.

Es verdad que la actividad de teorización de lo que se vivía en ese momento se restringió a grupos sociales medios, dejando de lado de este enriquecimiento teórico a obreros y campesinos, pero como todo fenómeno que es social, la influencia socialista anidó entre los sectores del pueblo alimentando y llevando sus objetivos a niveles muy radicales que, en la práctica, desbordan las proposiciones de los ideólogos socialistas.

Por otra parte, si bien es cierto que el mutualismo y el socialismo plantearon enfrentamientos muchas veces fraccionarios y sectarios, también es cierto que se revelaron como factores radicales en la lucha social del pueblo, el cual, en sus reivindicaciones llegó a generar postulados muy radicales. Si el mutualismo se distinguía por la poca intervención política de los obreros, o por la conciliación y la escasa combatividad contra las esferas de poder y además de ser la ideología predominante en la conciencia del trabajador industrial urbano, contrariamente, el planteamiento socialista entre la comunidad agraria imprimió una perspectiva diferente a los campesinos asalaria-

(15). Ibidem.

dos, llevándoles a la convicción de poder recuperar sus antiguas propiedades.

Para una República con menos de cinco décadas de constituida, y con una mínima experiencia industrial, era difícil que la clase obrera se encontrara a sí misma en su categoría de combatiente social de la burguesía; su nacimiento, sumida en una dependencia abrumadora ante la burguesía, requirió de muchas y largas jornadas combativas para adquirir solidez como clase social y sobre todo en su conciencia de clase. Este proceso, se fue dando en el transcurso de la dictadura porfirista, aunque en el movimiento obrero existieron fenómenos como el desvirtuamiento de sus objetivos socialistas, la corrupción entre sus dirigentes y las traiciones constantes de éstos a la base obrera.

La conformación, a veces sectaria, de las corrientes socialistas dentro de la organización de los obreros, quedó vedada para una vinculación orgánica entre la base trabajadora y los intelectuales de la época. Asimismo, lo anterior dio origen a que en el movimiento obrero existiera una débil militancia socialista y, de igual manera, una recurrente falta de solidaridad con el campesino revolucionario.

Aunque la clase trabajadora utilizó elementos tácticos en la defensa de su existencia laboral, como lo fueron el uso de las huelgas y los paros por solidaridad con otros trabajadores, la sociedad vio crecer los movimientos revolucionarios por el impulso casi exclusivo del campesino, y salvo en la Convención Obrera Radical y en las huelgas de Cananea y Río Blanco, estas últimas de influencia notoriamente magonista, la mayoría de los pronunciamientos en nuestro país se han distinguido por el reclamo campesino por la propiedad de la tierra.

No obstante que la consolidación liberal republicana favoreció el crecimiento numérico de la clase trabajadora y ésta a su vez logró en-

tablar nexos con la Asociación Internacional de Trabajadores de la Primera Internacional, y por otra parte se fundó el Gran Círculo de Obreros de México en 1871 y se conformó La Social[†], y además, en julio de ese mismo año surge El Socialista, periódico que se funda bajo el lema de ser "el estandarte de las libertades" y la tribuna de los problemas obreros. El avance socialista no obstante, se vio impedido desde la primera administración de Porfirio Díaz, (16).

Ya desde 1871, con la reelección de Juárez, e incluso desde 1867, venían llevándose a cabo por parte del Estado liberal actividades para impedir una cohesión teórica socialista entre los trabajadores; en 1873, el propio Lerdo de Tejada, en calidad de presidente interino, sostuvo una clara influencia y manipulación sobre el Gran Círculo de Obreros.

Esta etapa en la vida de la clase obrera, si se quiere, la primera como tal, (1863-1872), descansó en la actividad de difusión ideológica de unos pocos intelectuales reproduciendo y alimentando la fragilidad de la conciencia en la base trabajadora, y aunque se observó cierta combatividad socialista, en dicho periodo existieron preponderantemente esfuerzos voluntaristas que generaron más dispersión que otra cosa en esa base de trabajadores, pues al perderse a los representantes o dirigentes, como en dado momento due la muerte de Hermenegildo Villevicencio en 1868, los principales objetivos concebidos originalmente, cayeron en el desvirtuamiento con fines y medios más bien reformistas que revolucionarios.

En la siguiente etapa que seguimos del argumento de Valadés, el

[†]Existe una contradicción en cuanto al año en que se fundó La Social, pues según García Cantú, esta organización nace en 1868, cfr., op. cit., págs. 61, 174, 175 y 420.

(16). Valadés, op. cit., pp. 45-55.

periodo 1874-1875, da paso franco a la incertidumbre entre los trabajadores manifestada en el predominio de "dos corrientes: la del socialismo político, que consideraba que los obreros deberían ejercer el sufragio universal como una conquista del pueblo, aunque sin tener un candidato propio, y la otra, la de los socialistas antipolíticos, que recomendaba la abstención del proletariado en los asunto electorales...", (17).

En este periodo las publicaciones existentes adquieren otro nivel en la intensidad de sus argumentos, pues la noción básica por la liberación de la opresión capitalista se diluye entre los principales ideólogos.

Rhodakanaty, Zalacosta y otros, seguían en su papel de divulgadores de las ideas igualitarias, pero su labor se había visto circunscrita exclusivamente a las zonas rurales del Estado de México. La Social vacilaba, el Gran Círculo de Obreros también, al igual que los periódicos El Socialista y El Hijo del Trabajo. En este proceso de ligera degradación del movimiento, sólo surgió, por un corto tiempo, un bisemanario llamado La Comuna, que por veinte números, de junio a septiembre de 1874, mantuvo ideales radicales en la consecución del socialismo.

Un repunte se hizo más evidente en el año de 1876, ante un Círculo de Obreros dividido. La celebración de un Congreso Nacional ese año, que tuvo entre sus objetivos resolver los aspectos que no habían sido clarificados en la lucha obrera. Además, como entre las mismas organizaciones obreras ya se habían entablado contactos con el Congreso General de Londres, con los anarquistas de Uruguay y con los socialistas antiautoritarios del Jura, en ese congreso, que fue resolutivo, se

(17). Ibid., pp. 73-90.

apoyó que La Social adquiriera una fuerza en pro de la revolución social. Francisco Zalacosta impulsaba así, el cambio en los objetivos socialistas al mutarlos en una fuerza revolucionaria en lugar de una ideología con premisas filantrópicas, (18).

Estas declaraciones, que sin embargo García Cantú las adjudica a Juan de Mata Rivera, afirman el ánimo en favor de un cambio en la táctica socialista, ya que la excesiva heterogeneidad teórica imperante en el Congreso Obrero de 1876, hacía imposible una lucha mutualista para cambiar las condiciones laborales. Sin embargo, y a pesar de los intentos renovadores, el espíritu filantrópico, mutualista y cristiano privó en el Congreso, ya que era el reflejo de la vida cotidiana de los trabajadores, (19).

El fin entre los ideólogos más avanzados, era derrotar a la corriente mutualista y con ello acabar con los planteamientos de ayuda filial, de abstención política en el movimiento que, evidentemente, quitaba radicalidad a los objetivos originales de los obreros, (20).

A pesar de que la mezcla contradictoria de teorías sociales y religiosas daba fragilidad a la ideología proletaria, después de este congreso los trabajadores pudieron formular un manifiesto con las conquistas y demandas sustentadas desde años atrás. Sus resoluciones, planteaban objetivos que pretendían dar continuidad a la lucha obrera por medio de la instrucción escolar, mantenimiento de sus garantías políticas y sociales, elección libre de funcionarios públicos, de procuradores para gestionar la solución de sus problemas, además de la fijación de un salario en todo el país y su variación según las necesidades y características del mismo, (21).

(18). Valadés, op. cit., p. 110, cfr. todo el capítulo.

(19). García Cantú, op. cit., p. 203.

(20). Ibidem.

(21). Ibid.

Los vaivenes en los caminos asumidos eran notables y revelaban lo confuso que resultaba entre la base proletaria, unida en muchos aspectos ideológicos al liberalismo, y en condiciones de vida casi artesanales. De hecho, como profundamente lo ve García Cantú, existía una amplia gama de ideólogos artesanos que crecientemente fueron asumiendo una postura libertaria dentro del inicio del Gran Círculo.

Juan de Mata Rivera, Epifanio Romero, Francisco de P. González, Ventura González y Doroteo Aranda quisieron, impulsados por un espíritu mutualista mezclado con el socialismo, defenderse del inminente crecimiento industrial y de los efectos de la lucha por la disputa del poder que se realizaba entre los grupos sociales encaramados en el Estado, (22).

Pocos años bastaron para sentir palpablemente el fracaso político, económico y social de los fines que había planteado la Reforma; y al ver que en la mayoría de los liberales se desvirtuaba el sentido de lo democrático inicialmente preconizado, nació entre los obreros y los campesinos el deseo de organizar su auténtico mejoramiento en su condición social y económica. No obstante, la permanencia de esa dependencia política e ideológica al Estado liberal, dio pie a que las más de sus demandas en cuanto a la propiedad y de la tenencia de la tierra en ningún momento tuvieran una característica de movimiento social organizado.

Fue creciente la subordinación política en que cayó el proletariado ante el Estado porfirista, lo que ocasionó un paulatino desvío en sus iniciales objetivos socialistas. El grueso del movimiento obrero y campesino asalariado fue replegándose ante el ascenso capitalista, haciendo resaltar una creciente dependencia de la "burguesía nacio-

(22). Ibid., p. 180 y sigs.

nal", y con el capital industrial y financiero extranjero, entrelazando su vivencia laboral al inicio de una nueva forma de relación económica: el imperialismo.

El crecimiento del proletariado mexicano se definió esencialmente en relación a la estructura social burguesa autóctona, y este hecho dio connotación determinada a la naturaleza del dominio económico, político y social impuesto, además, desde el exterior. Aunque la ideología libertaria permaneció latente aún después de 1871, las principales rebeliones agrarias por la restitución de las tierras se distinguieron por preconizar ideales libertarios, e incluso dirigidas por pensadores socialistas.

El deseo perseguido por Alberto de Santa Fe, de querer forjar una producción industrial socialista a partir de la redistribución agrícola; o el Manifiesto de Julio López Chávez influyendo encendidamente en la vehemencia revolucionaria de Francisco Zalacosta; o los planteamientos socialistas del general Miguel Negrete, fueron sucumbiendo al no ser secundados por la mayoría de la masa trabajadora y campesina, que, desorganizada y reprimida por la naciente dictadura porfirista, veía nacer en nuestra sociedad otro modo de vida.

La Ley del Pueblo fundamentó, al igual que el Manifiesto de López Chávez, el intento por organizar de nuevo la propiedad agrícola y, con ello, la producción económica de un país que como México tenía en su riqueza natural la fuente originaria de su razón de ser. Por eso los pronunciamientos de Santa Fe, de Zalacosta y de Negrete resultaron altamente peligrosos para la estabilidad del proceso "modernizador" capitalista. Eran razón y sustento de una posibilidad democrática en la producción económica, dando pie a un orden de cosas distinto y basado en relaciones sociales entre iguales, comunitarias. Era la

actualizada asunción del ancestral calpulli, su retorno, bajo la visión socialista libertaria, en un pueblo que tiene en sus raíces histórico sociales esta esencia, la cual, era vista desde este ángulo: la punta de lanza contra la individualista posición liberal y contra la invasión del capital extranjero apoyado en el argumento de la modernidad positivista, (23).

Porque definitivamente, la dictadura porfirista sólo confirmó una serie de hechos históricos que subsisten en la estructura de las sociedades colonizadas de América Latina, que reflejan los efectos que un coloniaje de tres siglos instauró en lo hondo de nuestras naciones al hacerlas receptáculos, inactivos en la mayoría de los casos, de una cultura y una producción económica esencialmente ajena.

Los niveles de dependencia y subordinación a que se llegó en nuestra sociedad, originaron la creciente miseria de los campesinos despojados y de los obreros, así como a ciertos sectores de las capas medias, postergándoles en sus ideales y aspiraciones legítimas. Desligándoles además, de los espacios de decisión política ocupados por los grupos porfiristas. Y por encima de lo anterior, se mantuvo en nuestra sociedad un espejismo que aún perdura en nuestros días: la visión y certeza de tomar como paradigmas a las naciones consideradas desarrolladas, y que en ellas podemos encontrar los elementos principales que nos ayuden a alcanzar en desarrollo social y económico.

El mito de la modernidad nos fue vendido y las naciones colonizadas, entre ellas México, aceptaron incautamente el trato sin reparar en las consecuencias de la importación de un modelo que destruyó objetivamente lo que éramos, y nos compelió a un mundo instrumentado desde las metrópolis para dominarnos.

(23). Ibidem, cap. XIII y, Hart; El anarquismo..., pp. 92-98.

Para 1880, estaban presentes en nuestro país las expectativas imperialistas que hacían instalar en muchas regiones geográficas del país su dominio, exportándonos el capital requerido para absorber la materia prima que ellos requerían para acrecentar el ejercicio de su poder económico.

Pero a partir de 1890, periodización necesaria para rescatar el nacimiento de una de las corrientes sociales y políticas más importantes del México moderno y contemporáneo, el clima nacional va imprimiendo a los múltiples sectores sociales matices de desconcierto, incertidumbre y descontento crecientes. Esto se manifestaba en los mismos órganos de prensa, los cuales veían venir este clima de animadversión política con un evidente sentimiento de inquietud y desconfianza pero, sobre todo, era entre las masas populares donde empezaban, nuevamente, a crecer las muestras de inconformidad.

Con el paso de las reelecciones, el discurso del propio presidente tendía a hacerse lacónico. Frío y repetitivo, su argumento principal descansaba en el orden social. Personas como Justo Sierra o José Ives Limantour se convirtieron en sus aliados, y como parte del grupo de "científicos" beneficiarios del régimen, cubrían con su "talento" las acciones del mismo. Todo se pintaba de un "color de rosa", y se ocultaban los problemas políticos y sociales ya evidentes, como lo fueron los movimientos indígenas mayas y mayos en las dos penínsulas más importantes del territorio nacional.

De esa misma manera, Porfirio Díaz argüía que no existía problema alguno en las elecciones de los estados, esto es, que no era cierto que existieran manifestaciones antirreleccionistas en Guerrero, Hidalgo, Puebla, Tlaxcala y el Estado de México. Era evidente asimismo,

que a partir de 1896 y más aún en 1900, empieza a preocupar en las esferas cercanas al presidente su longeva edad, lo cual implica la lucha entre sus allegados por sustituir a un dictador que en ese año precisamente, 1900, tiene setenta años de edad, (24).

El proceso de envejecimiento del dictador marcó el propio declinamiento de la política tuxtepecana; un evidente anquilosamiento en sus formas de gobierno, abrieron paso a un tiempo de contradicciones que fundamentaban las protestas crecientes de la sociedad civil.

El problema de la reelección fue algo repetitivo en los estados del país, los gobernadores o, como Cosío Villegas los nombra, "Los Porfiritos", intentaron perpetuarse lo mas posible en sus mandatos, tanto, que al correr de la última década del siglo XIX, el gobierno daba la impresión de algo petrificado; "... José Vicente Villada estuvo doce años en el gobierno del Estado de México; Joaquín Obregón González diecisiete en Guanajuato; Abraham Bandala quince en Tabasco; Dehesa en Veracruz, dieciocho; Muncio I. Martínez en Puebla, diecisiete; y Francisco Cañedo los mismos, en Sinaloa. Agravó esa impresión la circunstancia de que varios murieron en el poder, de modo que parecía que sólo la muerte podía arrancarlos de su puesto y propiciar una renovación. Así ocurrió con Francisco Santa Cruz, José Vicente Villada, Carlos Díez Gutiérrez, Francisco Cañedo, Manuel Alarcón y Juan Manuel Flores...", (25).

Existieron como producto de la decisión del dictador de Tuxtepec, los claros y permanentes actos de instalar como gobernadores a sus servidores incondicionales. El poder centralizado propiciaba, en forma dialéctica, un amplio descontento social que estalló abierta y

(24). Cosío Villegas, Daniel; Historia moderna de México, pp. 389-390.

(25). Ibidem, pp. 491-493.

violentamente después de su séptima reelección, cuando no "pudo darse síntoma más claro del estado de cosas que los trágicos sucesos de abril de 1903, motivados por la reelección de Bernardo Reyes. Una revuelta armada en toda forma frustró la de José María Garza Galán. La de Francisco O. Arce provocó la sublevación de Canuto Neri. La candidatura de Pablo Escandón atizó la rebelión armada que luego se identificaría con el zapatismo. Y Miguel R. Cárdenas, tras ocho años de gobierno, patrocinó la candidatura renovadora de Venustiano Carranza, que fracasó... Puede decirse, así, que al sonar 1910, no había un solo gobernador que pudiera llamarse popular o querido en su estado, con la posible excepción de Teodoro Dehesa." (26)

Por otro lado, a partir de 1889 empiezan a crecer los órganos informativos en la capital y, en general, en todo el país. Estas publicaciones, tendieron de alguna manera a polarizar sus actividades y sus opiniones; diarios de índole gobiernista y directamente subsidiados por el régimen, crecieron e hicieron fortalecer su tiraje cotidiano.

El Mundo, El Universal, El Imparcial, El País, y a partir de 1900 Excelsior, pulsan el sentir de la opinión porfirista, en una constante labor de proselitismo, encubrimiento y declarado ataque a las posturas liberales que sobrevivían de 1857, así como de las todavía más radicalizadas que empezaron a aparecer en diarios opositoristas tales como El Monitor Republicano, El Diario del Hogar, El Hijo del Ahuizote, El Demócrata, La República y Regeneración, (27).

Es este último especialmente el que más "ámpula" levantó, cosa que Cosío Villegas atribuye únicamente a su lenguaje, pero que obedece en

(26). Ibidem.

(27). Ibid.

realidad y discrepando de esta opinión, a un resentimiento popular que incluso, estaba ya teórica y conceptualmente definido, y que a partir de 1900, iría perfilando una actividad política clara y en favor de una transformación social. Si bien Regeneración nació atacando al régimen porfirista, el apoyo popular que como movimiento social subyacía en esta publicación, sumó tanta importancia, que Díaz trató de acallararlo y aplastarlo desde su mismo nacimiento.

En este hilo de pensamiento, se ve que en el ámbito de las clases o sectores convencidos de un futuro democrático y radicalmente distinto a lo vivido durante el porfiriato, encontramos en lo expresado por la oposición algunos de los motivos que llevarían al país a una etapa de crisis social. Regeneración es, quiérase o no, el punto donde el sentir de gran parte de la población remecida en su conciencia y marginada del supuesto progreso porfiriano, se expresa con inobjetable claridad.

En una sociedad y en un país sujeto primordialmente a la fuerza y a los dictados del capital financiero del exterior, y a su estructura colonial e imperialista, parece ser que los problemas se interrelacionan tanto, que lo económico, lo político y lo social conforman un todo de mutuas repercusiones y que, en condiciones de creciente desigualdad, injusticia y explotación hacen surgir, periódicamente, procesos de revolución que provocan hondas transformaciones impulsadas, siempre, por las clases populares.

El porfiriato en este sentido, reprodujo e incrementó en términos sociales las diferencias, por lo que su original espíritu innovador sostenido en el Plan de Tuxtepec, había sufrido un giro de 180 grados.

Después de un prolongado silencio, surgen en la ciudad de México manifestaciones estudiantiles que trataban de influir en el ánimo so-

cial, acerca de la necesidad de un giro cabal en el gobierno. Diarios como El Hijo del Ahuizote parodiaban la imagen de Porfirio Díaz, tratando de hacer hincapié en el perjuicio que su prolongado mandato había ocasionado a la sociedad mexicana.

Encima de lo anterior, la caída en los precios de los artículos de exportación de nuestro país, como lo era el de la plata, la baja en los valores de México en Londres, que llevaron al cambio del patrón plata por el del oro, ayudaron a que en el periodo 1892-1896, el nombrado ministro de Hacienda Limantour restringiera en lo posible el gasto público.

El país que recién salía de la crisis económica de 1884, tenía, como siempre, que depender del inestable precio de las materias primas, en este caso de la plata y la producción agrícola exportable, (28).

De aquí que los sectores más golpeados por este nuevo flujo de crisis económica del régimen porfirista, protestaran activamente en 1892 contra la reelección de Díaz. Y aunque este hecho se tuvo como un acto fugaz, tenía que ver en esencia con un sentir popular que iba afirmando su espíritu de militancia hasta llegar, posteriormente, a un esclarecimiento político muy radical.

No obstante, en lo económico fue salvada la situación. Hábiles negociaciones de Limantour hicieron postergar los pagos de capital e intereses de la deuda externa de ese momento y, asimismo, la aceptación del patrón oro, obligó a México a competir según las reglas de la Gran Bretaña, y en la economía interna por lo tanto, se viviría una lógica pendiente de las contingencias impredecibles e incalculables de toda economía sujeta al orden imperialista.

La dependencia de Díaz hacia Limantour se hizo patente, lo que provocó un acrecentamiento político de este último y, además el hecho de (28). Roeder, R.; Hacia el México moderno, p. 84.

fincar el resguardo del país en el estado económico y financiero produjo el desplazamiento a un segundo plano del poder militar y político, haciendo nacer un lema crucial en los últimos años de la dictadura, a saber: "mucho administración y poca política".

Limantour, hombre de lógica impecable y fría, aplicó como lema la frugalidad en los órdenes económico y administrativo; atacó problemas que representaban las alcabalas, el sistema bancario, la plata, los ferrocarriles, los monopolios extranjeros y "siendo tan sensato como lógico, comenzó con los obstáculos internos y terminó con los externos:" (29)

Bajo el dominio de Limantour se abrieron las puertas a los "científicos", un grupo que se encargó, a partir de 1892, de dar un giro en la conceptualización del ejercicio del gobierno y, en voz de El Universal, emplearía una especie de orden pragmático al gobierno dictatorial. El grupo de los "científicos" se afianzó al formar un círculo financiero alrededor del ministro de Hacienda, y su crecimiento económico fue un hecho a partir de 1893.

Fuertes sismos se provocaron antes de la reelección de Porfirio Díaz en 1900. La sucesión del presidente provocó serios conflictos sociales e individuales; la disputa entre Bernardo Reyes y Limantour se hizo palpable e integró un problema que de hecho, Díaz no supo resolver. En lo social, la simiente popular iba creciendo y teniendo, en voz de muchos estudiantes y trabajadores apegados a costumbres populares e incluso indígenas, una futura organización que al nacimiento del nuevo siglo intentaría llevar sus demandas adelante.

El propio Francisco Bulnes entendió, desde su evidente soberbia intelectual, que en treinta años ni Díaz ni Limantour se preocuparon por

(29). Ibid., p. 117.

las clases populares, "... para ellos, no existían. De tanta omnipotencia jamás salió una ley en favor de los desamparados: se concebía el progreso, pero sin los miserables, y para ellos, en treinta años, no hubo ni un aumento de salarios ni un aumento de piedad. El señor Limantour era el tipo de plutócrata de Balzac o de Zola. Para él, la especie humana comenzaba con los banqueros y debía encerrarse en un medio de príncipes banqueros y de banqueros príncipes; todos los demás abajo eran antropoides vistos con asco... este jefe de plutocracia profesaba los principios absolutos del tacañismo, de la avaricia política, del egoísmo infinito, de la misantropía en los negocios, del desprecio por el cosmos, fuera del capitalismo." (30)

Y es que a partir de 1884 eran patentes las preocupaciones entre los sectores allegados a Díaz, por su edad y su posible sucesor. Los "científicos", miembros del propio gobierno e incluso liberales "independientes", empezaron a querer resaltar las consecuencias de la dictadura que mantenía al país en una supuesta paz pero con problemas, marginales según el régimen, como eran los "enganchamientos" a Valle Nacional en Oaxaca o a la zona henequenera de la península de Yucatán.

Existían conflictos y preocupación entre las clases económicamente pudientes por el bandidaje ocasionado de gavillas en casi todos los estados, así como las rebeliones indígenas --al parecer constantes-- de los yaquis, mayos, mayas, etc., y además de estos hechos que de por sí muestran un evidente descontento hacia el caudillo de Tuxtepec, existe otro en 1897, el atentado contra Díaz por parte de Arnulfo Arroyo, preámbulo, sin duda, del conflicto social que vendría después, (31).

(30). Ibid., p. 345 y Cosío Villegas, op. cit., p. 686 y sigs.

(31). Cosío Villegas, Ibid., p. 638 y sigs.

Conflictos locales como los que sucedieron en Sonora, como lo fueron el genocidio en Tomochic, la persecución y muerte de Teresa Urrea, mejor conocida como la "Santa de Cabora", revelan una situación de latente rebeldía entre los indígenas, campesinos y asalariados.

Con el nuevo siglo se vislumbra, en muchos espíritus estudiosos de la realidad social, la necesidad concluyente de luchar por amplias reformas en el México de aquel entonces. De esta manera, con el Congreso Liberal convocado por partidarios de la Carta Magna de 1857, se trae consigo la irrupción de nuevos miembros opositores a Díaz que, intelectualmente fortalecidos, comienzan un ataque pausado -- según Cosío Villegas-- contra el régimen porfirista.

Gente como Camilo Arriaga, Jesús Flores Magón, Antonio Díaz Soto y Gama, y el mismo Ricardo Flores Magón, inician la creación de los clubes liberales, tendientes al mejoramiento de las garantías jurídicas individuales y sociales, utilizando para ello un lenguaje plenamente jacobino cosa que sin duda, inquietaba a Díaz.

Es este ambiente social el que preocupa a los "científicos", quienes matizaban el conflicto de otra manera y que orientaba, por ejemplo al mismo Bulnes a abrigar un cierto temor por las consecuencias que había generado el poder porfiriano. Para Bulnes la Nación dependía tanto de Díaz y su "paz" duradera, que los créditos que fluían del exterior existían sólo por eso; pero, una vez muerto, este favor se revertiría hasta convertirse en un lastre y en una posible intervención armada extranjera.

Así, el progreso porfiriano viviría tanto como Díaz, y para Bulnes y los "científicos" la realidad social era, en 1904, algo que pendía del fino hilo de una vida lo que hacía augurar un futuro incierto, si es que esos "científicos" no tomaban la batuta y reorganizaban la

fuerza política que algún día debería, por fuerza, sustituir al caudillo de Tuxtepec, (32).

Pero al margen, aunque paralelamente de las disputas de Bernal, Limantour y el propio Díaz, el movimiento autodenominado "liberal" surgido entre 1900 y 1901 intentó rescatar la discusión de la situación nacional, así como las posturas "radicales" del Constituyente de 1857. Incluso en la Convención Liberal de 1901 celebrada en San Luis Potosí no se hubiera pasado de una mera crítica "anticlerical" si un orador no hubiera afirmado tajante y valientemente hasta en tres ocasiones que "la administración de Porfirio Díaz es una madriguera de bandidos", su nombre: Ricardo Flores Magón.

La familia Flores Magón era del pueblo, vivía en él y su apego a esta influencia perduró primordialmente en dos de sus miembros: Ricardo y Enrique Flores Magón. De hecho, el ineludible órgano Regeneración era, en palabras de Enrique, producto de la vivencia del pueblo, del auténtico pueblo de México que en la capital se manifestaba en plenos festejos, verbenas, coexistencias miserables, violentas que revelaban una profunda miseria que tiene en esa misma violencia, la reivindicación única, extraordinariamente solitaria de ellos, de los pobres frente a la vida y ante una sociedad que los somete a matar para no morir. Regeneración, fue su órgano que sintetizaba ideológicamente la vida proletaria y empezaba a aglutinar la fuerza orgánica de un proletariado y, un campesinado después que requería de lo político para su definición como clase, (33).

El problema central que se veía en medio, o mejor dicho, en el centro de la discusión social para la causa interpretativa de los Flores Magón, no era otra cosa más que la repartición de la riqueza

(32). Ibidem, p. 750 y sigs.

(33). Roeder, op. cit., pp. 193-194.

social. En ello iba un concepto de la realidad social mexicana y, por supuesto, del mundo, lo que explica el sentido magonista de su práctica política.

Los sectores sociales convencidos de un futuro socialista muestran cómo en su conciencia se continúa un proceso ideológico paralelo al liberal y al positivista. La simiente libertaria vino a desembocar su esencia en los hombres revolucionarios del nuevo siglo, y toda su fuerza social se hizo patente en los intelectuales del naciente Partido Liberal Mexicano, con revolucionarios convencidos de que la única solución para los problemas vividos era la revolución social, y no la invocación de reformas políticas y jurídicas que morían en el papel.

La militancia magonista y su objetivo por la utopía de lo posible, recobró el ánimo por la transformación social radicalmente. Negación de la realidad existente, el pensamiento de Ricardo Flores Magón restauró la dignidad de lo revolucionario al afirmar la posibilidad de una sociedad distinta que hoy, más que nunca, debemos rescatar sin excusa.

CAPITULO 3

EL QUEHACER DEMOCRATICO: REFORMA O REVOLUCION

- La concepción de lo social
- El reclamo de lo radical y el reformismo
- La lucha contra la autoridad y el constitucionalismo
- La solución posible

La Revolución mexicana sumó en su interior el encuentro de varias posturas que se habían manifestado en el transcurso del siglo anterior. Las contradicciones sociales plantearon alternativas a muchos hombres, que producto de la herencia política y social del liberalismo, del positivismo y del socialismo sumaron esfuerzos en la formulación de la transformación social mexicana.

El movimiento armado que ya se presentaba desde 1906, y que estalló en 1910, es producto de las mismas raíces sociales que habían llevado a muchos hombres a combatir por la Independencia un siglo antes. El abstracto "pueblo" emergió del anonimato para actuar vívidamente en la revolución, y con las armas en la mano, combatió al amparo de muchos proyectos representados en los personajes más conspicuos del proceso revolucionario.

Pero hay que hacer constar que los planes generados como propuestas para el cambio social fueron resultante de una lucha de sectores o clases sociales que como antes, en la Independencia, o en la lucha contra el invasor norteamericano y francés, o en la consolidación de la Reforma, e incluso en las luchas libertarias por la tierra y la emancipación obrera, actuaban para influir profundamente en el cambio de la sociedad mexicana.

Diversos proyectos fueron promulgados, y junto con esto se sumaban los esfuerzos por llevar a cabo los objetivos de sectores, grupos y clases sociales que los sustentaban.

El sojuzgamiento de que habían sido objeto las clases populares durante el periodo dictatorial porfirista engendró un cúmulo de fuerzas que se manifestaban en la revolución. Como había sucedido con los liberales, la esencia de la contradicción existente entre las clases sociales, el porfirismo no las resolvió cuanto, al contrario, las a-

gudizó de tal manera que tanto los obreros como los campesinos y numerosos sectores de las capas medias y pequeña burguesía tendieron a organizarse progresivamente en la búsqueda por conseguir un mejoramiento social objetivo.

El gobierno porfirista, ligado a una economía nacional formada en función de los intereses de la burguesía extranjera, se veía realmente incapacitado para orientar su acción política por espacios democráticos, y a medida que las protestas sociales iban creciendo, se fue viendo obligado a reprimir violentamente todo acto contrario a su poder hegemónico.

Una vez más, en la sociedad mexicana volvían a irrumpir el grueso de las clases sociales empobrecidas y que, marginadas del "progreso" que los grupos en el poder pretendían lograr, veían su situación reducida a niveles de pobreza insostenibles.

La respuesta que dio la dictadura al deseo democratizador fue la única manera objetiva en que podía impedir el ascenso popular, de modo que en su mira sólo estuvo presente el aplastar toda protesta social.

Existían pues, dos problemas de fondo que tenían como reflejo el "aparato" dictatorial porfirista. El primero, la defensa de los privilegios de las inversiones extranjeras, que habían creado todo un sistema en el crecimiento de la economía mexicana en función de los intereses foráneos, producto de la articulación del país al imperialismo.

Y en segundo lugar, la manifestación en el Estado mexicano de un empobrecimiento en sus relaciones con la sociedad civil. El añejo problema del colonialismo reflejado en la ideología dominante porfirista, acuñó, de nuevo como antes los liberales, una represión viru-

lenta y selectiva a los intentos de organización popular que se estaban dando entre los campesinos, los obreros y las capas medias.

La dictadura optó por la represión y en ello generó los elementos de su propia destrucción, dando pie a la agudización de las contradicciones sociales y despertando en la conciencia de los hombres del pueblo, los ideales por una transformación radical de la sociedad.

Allanó, asimismo, el camino para que las clases sociales fundamentaran la solución posible a la explotación del hombre por el hombre. El campesino combatió con certidumbre, al igual que ciertos sectores obreros y de capas medias provenientes de la influencia anarquista. En una gran cantidad de hombres surgió la convicción de luchar sin tregua por las cosas esenciales por las que luchan los obreros y los campesinos, por los ideales que en la Revolución mexicana plasmaron las máximas como "¡Tierra y Libertad!".

En el proceso revolucionario los esquemas liberales y los planes que proclamaban la restauración del orden y el avance democrático mediante reformas sociales, se vieron opacadas y por momentos totalmente eclipsadas por las demandas radicales de fuerzas como las representadas por Ricardo Flores Magón y Emiliano Zapata. En ellos, el concepto o la cuestión de lo revolucionario rebasaba en muchos los planteamientos de las fuerzas maderista, carrancista u obregonista.

En Ricardo Flores Magón la herencia revolucionaria e interpretativa del siglo XIX, aunada a la influencia anarquista y socialista que era patente en las capas medias unidas a la vivencia del obrero y del campesino, vemos claramente la manera de afrontar la esencia del problema social enunciando a lo largo de este trabajo. Su mística y su postura se radicalizaron en la medida que el proceso revolucio-

nario fue creciendo.

A pesar de la represión porfirista al Partido Liberal Mexicano y al movimiento social que de hecho representaba, la lucidez magonista nos puede ayudar a precisar conceptos que animan a todo intento de acercamiento a la realidad. Una interpretación como la presente en el pensamiento de Ricardo Flores Magón, conlleva elementos que nos acercan virtualmente a la comprensión de lo revolucionario, a la actividad teórica y práctica vertidas en la acción política.

Su rescate, impregna en el juicio analítico de lo social, los elementos claros de una convicción que en innumerables ocasiones se han perdido y que ahora, más que nunca, es forzoso conservar claramente en la práctica académica y política. La gris teoría, debe alimentarse de la verde naturaleza de la realidad concreta, y su análisis implica un compromiso, que si se pretende radical, requiere apoyarse en la esencia de los problemas que hoy vivimos, de la práctica humana en la sociedad, del hombre mismo, a fin de solucionar los problemas de fondo que la perspectiva magonista percibió con innegable exactitud.

Ante nuestra mirada tienden a pasar los hechos históricos y sociales como una conformación de actos lógicos y coherentes con la práctica de los individuos. Pero el ascenso histórico y las relaciones sociales involucradas en un proceso infinito de ardua, difícil comprensión teórica, nos conduce a ser cautos en el análisis y lo más exactos en nuestras apreciaciones.

La situación de Ricardo Flores Magón en su tiempo, en su espacio, es un claro intento nuestro de recobrar una situación y un proceso agudizado por la vida social de una dictadura que proyectaba la situación de un país sometido a la lógica del capital internacional, a la sujeción social, económica y política que obligaba paulatinamente al desastre de una sociedad que como la mexicana, se entrelazaba y subsistía en función solamente de la producción económica exportadora.

Es por esto que los intelectuales en los cuales se hacía sentir un ánimo crítico, vivieran un proceso en torno a los ámbitos de conciencia social y su propia conciencia individual que los condujo, en mayor o menor medida, al abanderamiento de causas con diferentes grados de radicalidad (1).

Como antes decíamos, el siglo XIX va haciendo germinar en las clases sociales la semilla de un nuevo modo de vida; ideológica y socialmente, en México se van acentuando los postulados de esas clases conformadas durante el porfiriato. Ciertamente es que el liberalismo, el positivismo y el socialismo libertario cundieron en lo interno de las conciencias, pero el enfrentamiento que entre ellos hubo, en especial de los dos primeros contra el tercero, y que pudiera considerarse definitivo, tuvo su plena realización en el periodo revolucionario de este siglo.

(1). Cockroft, James D.; Precursores intelectuales de la Revolución mexicana, p. 8.

Y es que en la ideología de los individuos en una sociedad como la mexicana, tan sujeta a los vaivenes de la lógica imperialista y a la constante denigración de nuestras raíces indígenas, motivado por el entrelazamiento a las economías externas y a su penetración cultural, hacía surgir las contradicciones que lenta pero progresivamente iban a ser enfrentadas y resueltas en la conciencia de una gran cantidad de intelectuales, de tal manera que como dice Cockroft, "... en términos de sus ideas o de los efectos que causan. Las ideologías tienen que ser examinadas dentro del amplio contexto social en el cual ocurren, prosperan o son abandonadas. Las ideologías y sus efectos están, en este sentido, íntimamente relacionadas con el surgimiento de grupos importantes que sufrieron injusticias específicas o tuvieron ambiciones que realizar." (2)

Las condiciones sociales que había generado el capitalismo al vincular la economía agrícola, minera e industrial de nuestro país al exterior, marcó la pauta en la dirección teórica de los precursores revolucionarios del Partido Liberal Mexicano (PLM), y que en ellos se encendiera la protesta por las condiciones de vida prevalecientes que provenían de la rápida industrialización y la creciente explotación de la fuerza de trabajo.

La organización antireeleccionista y antiporfirista que con el paso del tiempo llegó a formar parte del PLM, se fue adhiriendo a una idea innovadora en la sociedad, como lo fue el hecho de hacer una organización política de oposición.

El ascenso organizativo de la sociedad llevó a considerar que "... El primer Congreso de San Luis Potosí fue el primer movimiento organizado que enfrentó a Díaz. Aunque el móvil inicial de dicho congreso

(2). Ibid., pp. 11-12.

fue simplemente anticlerical, Ricardo logró con su firmeza, virilidad y audacia, convertirlo en antiporfirista...", (3).

Cabe decir que todo intento que procurara levantar el espíritu social crítico y creativo de alguna significancia vital era violentamente reprimido; de aquí que el asunto emprendido por la nueva corriente liberal resultó de gran importancia.

Los años que van del Congreso Liberal a la fundación del PLM, se distinguieron por la dura persecución de sus líderes; no obstante, a partir de 1903, la actividad liberal era un movimiento que socialmente perfilaba los elementos de una nueva cultura política.

En ese mismo año, en vísperas de la séptima reelección de Díaz, los Flores Magón percibían claramente que en el espíritu popular ya vibraba la ira y el deseo de hacer algo en contra del dictador. Incluso, la idea revolucionaria fue un punto a alcanzar en el horizonte social de México de inicios de siglo, y su logro reclamaba --para Ricardo y Enrique-- una visión mucho más radical de la predominantemente sostenida por la mayoría, aún liberal, del propio PLM.

El descontento social, si bien generalizado, se hacía sentir con mayor pesadez en los sectores populares, y lo anterior, sobre todo para Ricardo Flores Magón, significaba un hecho indudable: en su formación personal, estaba presente la cultura de raíces indígenas, que lo hicieron apoyarse en las ideas comunitarias --extraordinariamente compatibles con las doctrinas socialistas-- que sustentaban la emancipación de los campesinos y de los obreros. Mientras que los liberales argumentaban en favor de una reforma política en México, Ricardo empezaba a apoyar un cambio social revolucionario.

El que cada vez más amplios sectores sociales estuvieran descontentos con el régimen porfirista, era debido al notorio "desequili-
(3). Roeder, R.; op. cit., p. 197.

brío social" originado dentro del proceso capitalista y sus consecuencias en nuestra sociedad. De aquí que este gran descontento generalizado, fue como el PLM pudo generar una base amplia como fuente de disidencia a partir de 1906, (4).

Es un hecho verdadero que para 1903 la actividad magonista proveía de un cúmulo de fenómenos que hacían de la sociedad mexicana un amplio campo de profundas convulsiones y contradicciones, de las que Ricardo y Enrique Flores Magón sentían el impulso de acelerar, ... "Para 1903 Ricardo se había compenetrado de literatura revolucionaria; conocía el pensamiento de Marx y Kropotkin y educaba al hermano menor en ambas doctrinas... Excarcelados en noviembre de 1903... se resolvieron a trasladar su base de operaciones a los Estados Unidos...", (5).

La economía mexicana, sujeta a la variación internacional de los precios de las materias primas, vio contraída su existencia por los diversos cambios y crisis cíclicas del capitalismo internacional. Este hecho, motivó grandes caídas en los salarios y en el "poder adquisitivo" de los asalariados. El mercado y economía internos eran, finalmente, fuerzas sujetas a la dirección indicada por los países que para su industrialización reclamaban esas materias primas, (6).

El grueso de los intelectuales provenían de las capas medias. Su experiencia y conformación ideológica, producto del desarrollo social porfiriano, los llevó a una disyuntiva que fue: la certeza de que si no se accedía al ambiente de corrupción, se debía vivir en la zozobra de una constante proletarización, cosa que obligaba a plantearse demandas cada vez más radicales, ya que al comprobar que los sectores

(4). Cockroft, op. cit., pp. 25-36.

(5). Roeder, op. cit., p. 230.

(6). Cfr., Argüello, G., op. cit., p. 103 y ss., y Sánchez, A., op. cit., pp. 235 y 236.

más beneficiados eran los que estaban relacionados al gobierno y funcionando como "prestarnombres" a todo tipo de inversión extranjera, las esperanzas de un mejoramiento social verdadero eran muy lejanas.

Estos prestarnombres no eran otros que los "científicos", tal como era reconocida la burguesía mexicana de orientación más bien positivista, que dedicaron sus esfuerzos al ascenso capitalista en nuestro país a partir de relacionarse al capital extranjero inversionista, otorgándole las facilidades para el uso de sus latifundios en la creación de las industrias extractivas, dando cauce a un proceso de dominación y sujeción al imperialismo de manera definitiva.

Pero si bien es cierto que la modernización de nuestra sociedad se realizó en el marco de una revitalización de los sectores económicos, dando paso al crecimiento numérico de los obreros, campesinos y de las mismas capas medias, contradictoriamente fue creando entre esas mismas clases fuertes tensiones, frustraciones y desengaños de un modelo social que de hecho, no respondió a las demandas esenciales por ellas sustentadas, (7).

La situación entre 1900 y 1911 se puede definir con base a la enorme desproporción social y económica. La miseria de la gran mayoría de la población dio pauta para una búsqueda recurrente de los sectores de la sociedad afectados por la pobreza, a formas de organización democráticas alternativas, dado que la subyugación a la inversión extranjera había generado situaciones verdaderamente insoportables, sobre todo entre la gente asalariada, (8).

La sociedad de la dictadura formó los elementos para que en el seno de las clases marginadas del "progreso" porfiriano, se fuera ges-

(7). Cockroft, Ibid., pp. 37-55.

(8). Cockroft, Ibid., p. 50 y sigs.; Turner, John K.; México Bárbaro, pp. 146-150 y cfr. cap. XIV y, Jürgen-Harrer, H.; Raíces económicas de la Revolución Mexicana, pp. 57-60.

tando la certeza de la necesidad de una transformación radical. Intelectuales como Antonio Díaz Soto y Gama, Juan Sarabia, Librado Rivera y el mismo Ricardo Flores Magón, fueron haciendo causa común y recogiendo un sentimiento generalizado en la conciencia de esos marginados y expoliados por la "modernidad" porfirista.

Ya antes de salir de México, como antes apuntábamos, Ricardo había leído a clásicos de la literatura socialista; en su mente se habían impreso los ideales de Proudhon, Kropotkin, Bakunin, Malatesta, etc.; su ideal revolucionario acreció de tal manera que sus conflictos con Camilo Arriaga y otros liberales "juiciosos" no se hicieron esperar, más aún, en los momentos de redactar los documentos o ante la insistencia de conservar cierta unidad dentro del PLM, obligaba a Ricardo a evitar, momentáneamente, rasgos de lucha más radical.

En la opinión o tendencia wagonista, la utilización del rótulo liberal, sólo servía para reclutar adherentes entre los espíritus más ansiosos de una transformación social; el mismo Enrique lo confiesa al admitir que, "...los Flores Magón no luchaban dentro de las viejas ideas liberales del viejo y clásico liberalismo, sino que éste nos sirvió solamente de camouflage para ocultar nuestras verdaderas creencias políticas, sociales y económicas en una época en que, de habernos presentado abierta y francamente como socialistas libertarios, nos habríamos quedado gritando a los cuatro vientos sin realizar obra alguna. Aquí estuvo el talento de Ricardo Flores Magón." (9)

Asimismo, en la ideología wagonista parece autoconfesarse como heredera de la tradición --ancestral por otra parte-- comunitaria del campesino, es decir, del indígena mexicano. Nuevamente, para los Flores Magón, la impronta comunitaria debería ser la respuesta de todo

(9). Roeder, R., op. cit., p. 246.

el país, en forma política, ante el avance individualizador del espíritu social inherente al capitalismo.

La tradición anarquista y socialista renació en el quehacer pensante de los intelectuales mexicanos. Este hecho provocó entre los pensadores que vivían cercanos al pueblo y a la creciente injusticia social, una postura diferente que los haría sujetos actuantes en la solución radical de los problemas de la Nación.

Dentro de la tradición anarquista, podemos citar la prestigiosa y socorrida biblioteca de Camilo Arriaga la cual, influyó poderosamente en la manera de pensar de muchos intelectuales preocupados por la situación existente, entre los que se encontraba Ricardo Flores Magón.

La base socialista que se manifestó al paso de los años en la Junta Organizadora del PLM, fue adquirida, al menos primitivamente, en estos círculos de lecturas y encuentros intelectuales. De aquí que afirmemos que no obstante proclamarse la Junta como "liberal", en muchos de sus adherentes estaba presente un objetivo social más radical que la simple democratización formal de la vida social.

La visión socialista o libertaria, opuesta a la liberal, iba a acarrear dificultades entre los miembros verdaderamente revolucionarios del PLM y entre los que sólo aspiraban a reformas políticas y jurídicas, que brindaran un mayor acceso a los beneficios económicos detentados únicamente por la "burguesía" mexicana y los inversionistas extranjeros.

Esta ideología chocaba con el ánimo reformista de personas como Francisco Madero, quien juzgaba excesivos los argumentos en favor de una revolución. Su estrecha mente le hacía ver como descabellados -- no obstante ser uno de los primeros militantes del PLM-- y deploraba los métodos violentos, por lo que su inicial ardor revolucionario y

cooperador fue decreciendo. Como dice Roeder, al comparar las figuras revolucionarias de Ricardo y de Madero, se observa que, "... Entre los dos medía el paseo dominical de la Alameda: Madero, todo un caballero, siguió trabajando por una reforma pacífica, legal decente y democrática en México; Ricardo, hijo de los barrios bajos, para una revolución popular en ese mismo México." (10)

Este hecho debe resaltarse dado que en la conciencia de los revolucionarios socialistas es de dudar que haya existido una raíz puramente liberal que evolucionase, posteriormente, a una radicalización libertaria. Si bien en el Programa de 1906 el elemento aglutinador es el discurso liberal, encontramos que es en este documento donde se hace hincapié en la relación que guardaban el capital y el trabajo, resaltando asimismo, las condiciones laborales y sociales en que subsistían los obreros y los campesinos, (11).

El pensamiento libertario había echado raíces en la conciencia de Ricardo Flores Magón, (12). El elemento socialista prendió, alumbrando la conciencia de muchos intelectuales, y la realidad sólo vino a confirmarlo e irle dando, dentro del proceso revolucionario y la estrategia seguida por el PLM, una configuración práctica libertaria⁺.

(10). Roeder, Ibid., pp. 241-242.

(11). Cfr. Programa del PLM de 1906, pp. 175-225, arts. 22 al 34, y en Cockroft, op. cit., pp. 223-224.

(12). Cockroft, Ibid., p. 81, y en Flores Magón, R., Discursos, Prólogo de Enrique Flores Magón.

⁺No se trata de volver a una discusión "bizantina" dentro del pensamiento de izquierda al retomar, en la disquisición del tema, la conformación de la conciencia "para sí" antes de que ciertas condiciones materiales obliguen a la toma de la misma. Pero la situación social existente en nuestro país en 1900, indicaba claramente (para muchos), que la solución a los problemas de los obreros y de los campesinos no se iba a realizar por vía pacífica. Es posible, asimismo, que la experiencia anarquista del siglo anterior estuviera presente en la forma de pensar de Ricardo Flores Magón; cfr. Cockroft, op. cit., pp. 93-94, y García Cantú, op. cit., pp. 120-129.

En este punto que creo polémico, destaca un redescubrimiento personal en la Introducción a la crítica de la economía política de 1857

Sociológicamente, la condición que explica la conformación ideológica de los intelectuales de la Revolución Mexicana, se explica por la nula movilidad social y la desesperanza de mejorar su situación, sobre todo, entre las clases o capas medias, quienes empezaron a formular instrumentos de acción política para la transformación social, (13).

Tal como lo plantea el mismo Cockroft, las desaveniencias y descontentos que existieron entre los intelectuales, variaron según su extracción social; "... Alejados del problema de las masas, estos intelectuales de clase alta (Francisco Madero o Camilo Arriaga) fueron profesionales y hombres de negocios que reflejaban la crisis económica y las tensiones sociales que afectaban a su clase, buscaban nuevas coaliciones políticas para introducir la democracia liberal en México. Díaz Soto y Gama, Juan Sarabia, Rivera y Ricardo Flores Magón representaban una disidencia más difundida entre los intelectuales pequeño-burgueses... Familiarizados con los problemas de la mayoría de los mexicanos e influidos en primer término por obras anarquistas y socialistas de la biblioteca de Arriaga, estos intelectuales de baja condición en particular abogaron por una formación de coaliciones con otras clases que pudieran en cierto momento envolver en la contienda política a grupos de obreros y campesinos..." (14).

de Karl Marx, p. 67, que nos hace ver como la "conciencia social" emerge en los momentos de crisis de la sociedad, tal como lo estaba la sociedad porfiriana. Esta lectura ayuda, sin duda, a alimentar el espíritu crítico en la forma en que el intelectual "dirime" su forma de mirar lo social.

(13). Cockroft, op. cit., pp. 83-84.

(14). Ibidem.

Como ya se dijo antes, la concepción de lo social entre los intelectuales y políticos de nuestro país se sustentó en el liberalismo, y enfrentado a él, el anarquismo y el socialismo. Tener lo anterior como una premisa básica en la interpretación de lo político-social es imprescindible; en modo alguno, el anarquismo asumido por la corriente magonista es producto de un liberalismo "radical". Es, en sí misma, una postura esencialmente distinta, (15).

Esta condición marcó la característica predominante en la ideología de Ricardo Flores Magón y su concepción del despliegue revolucionario. Existe definitivamente, un rompimiento con la perspectiva liberal que se distingue, por ejemplo, en la forma de comprender la riqueza social, su génesis y su distribución en la sociedad y, desde luego, en el manejo del concepto de la forma de propiedad de los medios de producción de esa riqueza social.

Hay, en la línea de pensamiento magonista una epistemología diferente, enfrentada de facto a la teoría liberal. La corriente anarquista, una de las corrientes derivadas del socialismo, fue la que ayudó al pensamiento magonista a tener otra visión que, más radical, rebasaba las demandas de los reformadores liberales.

Su posición no es en esencia un liberalismo radical, sino un planteamiento libertario que se iría definiendo en la revolución; reafirmando en la medida en que en Ricardo Flores Magón no existió duda alguna, ni vacilación del derrotero que debía seguir este proceso.

Así, el mito liberal radicalizado hasta llegar a abanderar las causas populares, se viene abajo cuando los planteamientos radicales son fundamentados en una teoría verdaderamente revolucionaria. De he- (15). Cfr. para los orígenes del anarquismo, Guérin, Daniel; El Anarquismo, pp. 17-25.

cho, toda postulación que tuvo como eje el esquema liberal, mantuvo la tendencia a hacer propuestas de índole reformista, durante y después de la Revolución Mexicana.

No obstante, la táctica del PLM fue la utilización del discurso liberal, atrayéndose gran cantidad de adherentes e intentando formar un movimiento armado en contra de la dictadura porfirista. La fuerza social concentrada en el Manifiesto del PLM de 1906, es la muestra clara del estado de ánimo antes del estallido revolucionario de 1910. La postulación de mejores objetivos en el campo laboral obrero y campesino plasmadas en este Manifiesto, marcó el primer intento por rescatar la dignidad histórica de las clases sociales.

La tendencia magonista va concentrando en el transcurso de los acontecimientos prerrevolucionarios, una conceptualización muy radical de la lucha y esto, la encaminaba a la acción clandestina con objetivos revolucionarios militarmente organizados que, políticamente, pretendían los cambios necesarios en nuestro país.

El apoyo al movimiento armado por parte de los miembros del PLM y, asimismo, de la Junta Organizadora, dio pie a la conformación político-militar en contra de la dictadura. El regreso a la democracia era, desde la postura del PLM y de la Junta a partir de 1906, una empresa difícil que sólo tenía viabilidad mediante la lucha armada, lo que implicaba en lo estratégico, el riesgo de perderlo todo pues esa lucha era, dentro del amplio abanico que la efervecencia social abría, una posición que asumió hasta sus últimas consecuencias lo preconizado.

La política como práctica social fue para la Junta y por ende, para la conciencia magonista, la lucha militar como extensión de esa misma política y de igual manera en su expresión ideológica. Y es que

el PLM pudo consolidar una concepción teórica y programática, pero su actividad tan radicalmente opuesta al régimen porfirista, dio pie a su constante represión que lo orilló a la acción violenta para el cambio social.

La amplísima red de organizaciones adheridas al PLM a partir de su fundación, fue un proceso que la propia dictadura no pasó por alto. Constantes represiones marcaron los vastos intentos de ciudadanos que, impulsados por un espíritu democratizador, fueron arrastrados a las prisiones y a la muerte, dada su simpatía por el movimiento regenerador.

Mucho se ha comentado sobre los movimientos sociales de los trabajadores de Cananea y Río Blanco. Sobre eso no se hablará aquí. Pero es necesario resaltar que además de que estos hechos fueron apoyados por la Junta Organizadora del PLM, existieron otros más, que nos hablan de una amplia cooperación de hombres interesados honestamente en derribar la dictadura.

Existieron brotes revolucionarios en el Norte del país, principalmente en Chihuahua, en el Centro y zona Sur de Veracruz, en Tabasco, en Oaxaca y gran parte del Centro del país, lo que deja intuir que el PLM, con la representatividad de Ricardo y Enrique Flores Magón, representaba el movimiento de mayor envergadura que, a partir del Manifiesto de 1906, gestaba un nuevo proyecto de sociedad⁺.

⁺En este sentido, existen testimonios que ponen en evidencia la amplia base social del PLM que lo ubican a la cabeza de la oposición contra la dictadura. Su evidente arraigo popular provenía de su mismo origen de clase: estaba del lado de los sectores proletarios asalariados y explotados, en un contexto de desigualdad social y sin garantía alguna de un mejoramiento futuro verdadero. El PLM así, abanderaba al proletariado fundamentalmente, y exigía por eso mismo, una transformación radical de la sociedad. Cfr. Roeder, R., op. cit., pp. 258-323, y un texto testimonial y singular de Cándido D. Padua llamado Movimiento revolucionario-1906 en Veracruz, que es "una relación cronológica de las actividades del PLM en los ex-cantones de Acayucan, Minatitlán, San Andrés Tuxtla y Centro del país."

Mucho se debe decir sobre los movimientos del PLM; Ricardo Flores Magón en 1907 reanuda la actividad por su objetivo revolucionario popular. Es en esta época cuando interviene un nuevo adherente en la organización: Praxedis G. Guerrero, quien ideológicamente vino a dar realce a los fines sociales que el movimiento magonista preconizaba. Praxedis fue el refuerzo a una actitud que devino en mayor certeza política: fue, para la conciencia de Ricardo, la visión social que dejaba en un plano secundario el ataque personal contra el dictador.

Indudablemente, en los espíritus auténticamente revolucionarios -- característica insalienable en Ricardo, Enrique y Praxedis-- existía un objetivo propio, ya plenamente esclarecido en 1907, el cual era dar inicio a una revolución que incendiara la sociedad con el pensamiento libertario y abriese el camino, lo antes posible, a un movimiento de colosales dimensiones.

Internamente, el PLM estaba constituido por la Junta Organizadora en primer plano, las organizaciones o "Clubes" tanto en México como en Estados Unidos en segundo lugar, a continuación los militantes de responsabilidad o mando intermedio y, finalmente, por los miembros simpatizantes registrados también en México y en los Estados Unidos. El PLM fineaba su actividad política y de divulgación de principios en un centro organizativo que, constantemente, impartía indicaciones a todos los demás miembros y organizaciones del partido. Este centro organizador que era la Junta tenía como principal jefe e ideólogo a Ricardo Flores Magón, (16).

La radicación de la Junta en el extranjero originó, como decíamos, la clandestinidad. Este hecho permitió la movilización por objetivos más radicales que fueron precisando las demandas políticas y socia-

(16). El Partido Liberal Mexicano (1906-1908), pp. 11-14.

les. El análisis de la realidad mexicana hizo que en la visión de Ricardo Flores Magón se clarificase la condición social de los asalariados industriales y campesinos, hasta culminar en una concepción que enfrentaba a éstos contra los patrones y dueños de fábricas o plantaciones. Por este motivo, Flores Magón preconiza la necesidad de la "emancipación económica" del proletariado, que le brindaba la posibilidad de disponer libremente la organización social de la producción económica y con ello, de lograr la transformación radical de la estructura social, (17).

El reclamo de lo radical es, en este sentido, la concepción de una nueva sociedad y principalmente, que el llegar a ésta se realizaba con el cambio de la organización productiva económica, para desde ahí iniciar las reformas en otras esferas de la sociedad como lo son la educación y, en general, la organización institucional.

A partir de 1906, el argumento del PLM en favor de una revolución o de un movimiento armado se va precisando aún más, y su actividad en este sentido se hace evidente. En una carta que la Junta Organizadora del PLM envía al presidente de Estados Unidos Roosevelt, se anuncian los motivos por los que la revolución estaba "próxima a estallar en México"; en su contenido podemos ver el análisis de una sociedad sumergida en la miseria y con pocas esperanzas de un futuro mejor.

Esta carta es un apuntalamiento analítico de suma importancia y, asimismo, la confianza en una auténtica democracia en México que la Junta veía como única solución a la situación vivida y que, esperaban, fuera apoyada por el gobierno norteamericano, cosa que, por otro lado, jamás sucedió. Así, esta carta expuso los "motivos, popularidad y fuerza" de la "futura" revolución, argumentando que su origen

(17). Flores Magón, R.; Artículos Políticos 1910, pp. 74-76.

se hallaba en ... "El despotismo brutal que... pesa sobre todas las clases sociales y a todas las precipita a la revolución... Pero no es eso todo. Sobre estos males que a todos perjudican y a todos hieren, hay otros que afectan más directamente a determinada clase. Nos referimos a los trabajadores." (18)

Se denuncia asimismo la condición de los asalariados y de cómo los patronos van despojando a los trabajadores, "...las negociaciones mineras e industriales, ... roban verdaderamente al obrero de un modo que no se toleraría en un país civilizado, y lo ultrajan igualmente. Aparte de que desempeña el trabajador labores de doce o más horas por un salario medio de \$0.50 se le descuentan arbitrariamente de su infeliz jornal varias cantidades, ya por multas, que se le imponen con cualquier pretexto, ya para las fiestas cívicas y religiosas que se le obliga a celebrar, ya para pagar un médico que nunca presta sus servicios al trabajador mexicano, ya, en fin, para la compra de ciertos materiales necesarios para el trabajo que en ninguna parte del mundo son pagados por el obrero...", todo esto, además de la "tienda de raya" que obliga al trabajador a comprar todo lo que requería para subsistir, tales como eran los alimentos, la ropa, etc., además de la herramienta que endeudaban de por vida al trabajador, heredando, contra toda justicia social, la deuda a sus descendientes, (19).

Es notoria la actividad y la orientación de la Junta Organizadora del PLM al incluir, persistentemente, como problema fundamental la condición de los asalariados y, por encima de todo, el tenerlos a ellos como fuerza esencial de la revolución y de la sociedad que surgiera después de este proceso.

(18). El Partido Liberal..., op. cit., carta enviada al presidente de E.U.A. Theodore Roosevelt, pp. 365-381, cfr. pp. 366-378.

(19). Ibid., pp. 368-373, y Salvador Hernández, El magonismo: historia de una pasión libertaria 1900-1922, pp. 86-92.

La actividad proclive a la lucha armada revolucionaria la Junta la fundamentaba en hechos políticos reales, y la búsqueda por un mejoramiento en las condiciones sociales de los asalariados del campo y la industria contenía, en sí mismo, un planteamiento de importancia esencial. La lucha era, en el fondo, una reivindicación en favor de los trabajadores y una denuncia que desde su postura, la Junta asumía como propia.

Aunque la posición planteada no se puede definir formalmente socialista, existen en esta carta los fundamentos de una lucha popular que buscaba rescatar, al mirar los problemas esenciales de la sociedad mexicana, las soluciones auténticas que ésta requería. La denuncia de las condiciones de este trabajo en este documento, hace ostensibles los derroteros que habría de seguir principalmente la Junta, al preparar una serie de levantamientos armados en el norte del país.

En términos de estrategia y táctica revolucionaria, la Junta Organizadora del PLM pensaba iniciar en el territorio mexicano la toma y control de una franja que le brindara la posibilidad de instalarse en él. Su objetivo era, entre 1906 y 1908, encender la mecha que haría estallar la dictadura porfirista mediante una lucha militar, (20).

Esta acentuación en lo militar como parte de una concepción política más amplia, se debió, como ya se dijo, a la persecución de todo aquel que se sospechara como simpatizante del Manifiesto de 1906, lo que hizo obligatoria a la Junta la decisión de asumir la violencia como respuesta de lucha, lo que redundó en un aparente aislamiento del grueso de la base proletaria seguidora del PLM.

No obstante, la actividad de la Junta Organizadora y de muchos li-
(20). El Partido Liberal..., Ibid., pp. 385-396.

ESTO NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA

berales encerró un hecho político y social de gran magnitud, que consiste en mostrar que la militancia que fue gestando una auténtica organización y que tuvo en el Manifiesto de 1906 su obra principal, fue la columna vertebral de la posterior Constitución de 1917. Y, además, la denuncia de la situación que guardaban los asalariados en el país, a más de una ruptura con la concepción clásica liberal del México del siglo XIX, era un ascenso a una postura revolucionaria socialista.

El fracaso de las revueltas militares y de la toma de la importante Cd. Juárez en 1906, desmembró en gran medida la organización magonista, aislándola de la base social que originalmente le daba impulso. Este hecho, fue aprovechado por Francisco Madero, ascendiendo a la dirigencia de un proceso revolucionario que él personalmente no creía necesario, pero que de manera casual lo obligaba a abanderar.

Sin embargo, a partir de 1910 la Junta Organizadora del PLM se prestaba de nuevo a la lucha que ahora preconizaba abiertamente un ideal libertario y un afán que en esencia recobraba el auténtico problema de la sociedad mexicana.

Al salir de la prisión de Yuma, Arizona en agosto de 1910, y volver a la circulación Regeneración en septiembre del mismo año, el horizonte ideológico de la Junta y en especial de Ricardo Flores Magón se torna más claro en los objetivos revolucionarios. En lo que resta del año y durante el siguiente, podemos ver que en su perspectiva están radicalmente definidos el rechazo al ambiguo proyecto para las clases populares de Madero, lo que lleva a Ricardo a una aclaración política y estratégica de lo que pretendía realizar el Partido Liberal Mexicano.

Regeneración, crisol de ideas libertarias, afirma el 3 de septiembre de 1910 que: "...derramar sangre para llevar al Poder a otro ban-

dido que oprima al pueblo, es un crimen, y eso será si tomáis las armas sin más objeto que derribar a Díaz para poner en su lugar un nuevo gobernante... la idea fija de un cambio de gobernantes ha venido a empequeñecer los ideales; los principios salvadores han quedado subordinados al solo deseo del cambio en la Administración pública..."

(21). Como vemos, la dimensión revolucionaria en Ricardo Flores Magón trasciende más allá que la simple transferencia del poder político a otro grupo social.

El argumento central en este caso ante la inminencia de la revolución, consiste en la llamada "libertad política" que, consagrada en la Constitución de 1857, resultaba para Flores Magón nula e insostenible si no era simultáneamente acompañada por la "libertad económica" esto es, al que el trabajador o asalariado haga conciencia de que es él, y sólo él, quien produce la riqueza social. Existe un reclamo que objetivamente rebasa la posición liberal, y coloca la lucha en un plano totalmente influenciado por las máximas revolucionarias: Libertad, Igualdad y Fraternidad, (22).

La lucha revolucionaria era para Ricardo una clara manifestación acorde a una historia social que el tiempo había llegado a polarizar, y que a sus gravísimos problemas sólo cabía oponerle soluciones radicales. La Revolución Mexicana fue para él, el estallido de las clases populares para obtener la justicia e igualdad social plena y, también, la lucha por una sociedad diferente.

En la expresión magonista se halla impresa, como en todas las revoluciones modernas, el espíritu revolucionario francés de 1789, que es, en esencia, la movilización popular en contra de la lógica institucionalizada y el asalto al poder por parte del pueblo, fracturando

(21). Flores Magón, R.; Artículos Políticos 1910, p. 12.

(22). Ibid., p. 37.

el orden social, político y económico.

La ideología revolucionaria y con ella, el ánimo por la libertad, estuvieron presentes en los campesinos y obreros, los cuales, siendo una mayoría en la sociedad, marcaron el verdadero rumbo de la Revolución y su impronta en el pensamiento de algunos dirigentes que, como Flores Magón plantearon, más que la lucha armada, una solución histórica para una sociedad como la nuestra.

Para 1910, año en que la insurrección es ya un hecho, la Junta había sufrido varias divisiones entre sus miembros. Esto enfrentó a la realidad dos posturas que veían en el ambiente revolucionario, soluciones diferentes. Las posiciones liberal y anarquista prevaecientes dentro de la Junta y en el PLM, tuvieron enfrentamientos que obligaron a la salida de la organización de los miembros que se conformaban solamente con la caída de Díaz y con el ascenso de Madero con su supuesto revolucionario Plan de San Luis, (23).

A pesar de las derrotas militares sufridas por la Junta en los intentos de tomar varias ciudades (Jiménez, Coahuila; Acayucan, Veracruz; Cd. Juárez, Chihuahua) durante el año de 1906 ni, finalmente, la derrota en el intento de una sociedad anarquista en la Baja California en mayo de 1911, pudieron impedir que la vehemencia revolucionaria magonista mantuviera sus deseos de expropiación y democracia directas, lo que da una imagen de las cuestiones esenciales que afectaban la sociedad y que obligaron a tomar la vía revolucionaria para su liberación.

De este modo, se puede afirmar que la perspectiva de la lucha en Ricardo Flores Magón fue, en todo el proceso revolucionario la que analítica, teórica y radicalmente determinó lo que en lo social debe-

(23). Cfr. Cockroft, op. cit., pp. 161-170.

ría hacerse. El trazo de la lucha el magonismo lo tuvo, a todas luces, con una claridad meridiana al afrontarlo como una lucha de clases y, al resaltarlo, motivó una división histórica conceptual en relación a las posturas tomadas por los demás líderes revolucionarios, con la excepción de la fuerza social zapatista.

La ausencia caudillista en el planteo magonista afirmó un hecho esencial: que la revolución no respondía al deseo individual de dos o tres hombres influyentes sino, a la fuerza social de un pueblo sometido a una explotación colonialista e imperialista que buscaba, en la revolución, su redención y encontrarse sustancialmente como nación.

Decía Flores Magón: "Imprimamos a la revolución una intensa finalidad social; convirtámosla en el brazo robusto que ha de hacer pedazos la servidumbre de la gleba; hagamos pedazos la cadena que sujeta al peón y al obrero desconociendo al capital sus falaces derechos; abramos una honda fosa y sepultemos a la iglesia diciéndole: este es el lugar de los cadáveres; formemos una hoguera y arrojemos en ella los títulos de la gran propiedad rural y las tiránicas leyes burguesas. Todo esto podemos hacerlo, si somos enérgicos, si no nos espantamos ante nuestras propias obras, si nos enfrentamos resueltamente a la autoridad, al capitalismo, al clero, sin miedos, sin vacilaciones y les arrancemos los privilegios que la ignorancia y la cobardía de los pueblos les han puesto entre las uñas." (24)

En esta cita se encuentran los elementos básicos de la lucha magonista. La cima revolucionaria se hallaba en rigor de una doble transformación que tanto en ese momento como ahora son imprescindibles para el cambio social; la conciencia de que éste es posible a través de

(24). Flores Magón, R., Artículos Políticos 1911, pp. 10-11.

la práctica revolucionaria.

La preconización e invocación de las máximas revolucionarias antes mencionadas, y además el llevarlas a la práctica, significó el reencuentro con las raíces de los problemas de los desposeídos y marginados y esas máximas radicales plantearon a estos sectores sociales lo esencial de su realidad.

Así, en 1911, la concepción teórico-analítica magonista se replantea en su lucha ante el desencadenamiento de las fuerzas sociales. Su llamado plenamente libertario se oponía al de la fuerza reformista de los maderistas.

En Madero y la capa social por él simbolizada, existía el objetivo primordial de conciliar las fuerzas capitalistas nacionales y las extranjeras; su aparente afán democratizador ante el pueblo se vino abajo ante los primeros actos de independencia revolucionaria, principalmente campesina, pues Madero, el "apostol" de la burguesía mexicana era el principal obstáculo de la verdadera revolución al querer evitar el desbordamiento de los sectores populares.

Madero contraponía con su actitud y razonamiento a la visión de Ricardo Flores Magón, quien a su vez entendía el estallido revolucionario como una manifestación congruente con la situación de los obreros y los campesinos, es decir, como una lucha para la liberación de estas clases y no como la actitud reformista de Madero quien, al igual que los que gozaban de una situación económica privilegiada, sólo pedían y solicitaban por favor el cambio pacífico en las riendas del país. Esta petición era, y la obra de Madero La Sucesión Presidencial así lo demuestra, el cambio de personas en el gobierno, jamás la justicia social a todas las clases sociales.

Pero la lucha revolucionaria era otra. Su razón y motivo fundamen-

tal estaba en la propia historia del país y ello, muy pocos hombres de la revolución lo percibieron. En la visión de los auténticos libertarios estaba agolpada la imagen del papel desempeñado por las clases sociales a lo largo de la historia mexicana y, por eso, no podían dejar a un lado de su espíritu la esencia de este proceso. Por eso es que en la conciencia de Ricardo Flores Magón estaban presentes los elementos analíticos de la dialéctica social mexicana; su visión era así la suma de la pasión y la sentencia revolucionaria que asumía integralmente lo que se estaba viviendo.

La revolución entendida como el resultado de una situación social que tenía su origen desde la etapa colonial, donde las clases sociales habían estado participando como actores reales en nuestro país, dio la posibilidad de que en Flores Magón se articulara una concepción y una práctica revolucionaria ajena a toda inclinación al autoritarismo. El negarse a ser un "caudillo" revolucionario, o el rechazo a ser postulado como vicepresidente en la campaña junto a Madero, hicieron que su posición en contra de toda lucha por el poder por el poder mismo, se fortaleciera para atacar a los líderes que sólo aspiraban al acceso a gobernar.

El problema del autoritarismo, es planteado a partir del surgimiento del "Manifiesto de 1911", el cual, reemplazando al que había sido promulgado en 1906 y que, de hecho, era producto de las cabezas más radicales de la Junta Organizadora, sacaba a la superficie un cúmulo de supuestos ideológicos que ya habían sido planteados desde años atrás.

Es en este 1911, cuando Antonio I. Villarreal y Juan Sarabia deciden sumar sus esfuerzos a la causa maderista separándose del PLM. Esta actitud ocasiona que los miembros se inclinen definitivamente por

los planteamientos libertarios. La Junta del PLM se manifiesta contra el principio de autoridad y sus consecuencias sociales, lo que le dio a la organización magonista una coherencia y un fin revolucionario de radicalidad desbordante.

El "Manifiesto de 1911" al centrar su discusión en torno al recrudecimiento de la guerra civil en el país, intentaba profundizar en la conciencia popular el hecho de que la expropiación de los medios de producción de la riqueza social era imperiosamente necesaria, y que toda tendencia a un reparto de tierras o mejoramiento laboral de los asalariados apoyados en reformas jurídicas posteriores a la instauración de un gobierno democrático era inútil, pues esta actitud implicaba relegar una responsabilidad del propio proletariado, a cambio de una promesa de un supuesto cambio social llevado a cabo por la burguesía.

Así, desde la posición de la Junta, no podía pensarse en el abandono de una lucha que era la del pueblo y que en este momento era obra de él mismo, (25).

Es en este "Manifiesto" donde pueden ser encontrados los elementos de crítica de notable vigencia contra la trilogía "capital, autoridad y clero"; cuestionamiento que gira en torno a las estructuras socio-políticas de la sociedad mexicana. Además, el consecuente combate a la propiedad privada como forma de relación social, que es a la vez eje del orden institucional capitalista, significaba para los magonistas el intento de una transformación social de enormes consecuencias.

Este asunto que aún hoy en ocasiones no nos atrevemos a aceptar, es el acercamiento a una crítica radical de la institucionalidad como

(25). "Manifiesto del 23 de septiembre de 1911", en Regeneración 1900-1918, pp. 306-312, cfr. pp. 307-8, y Flores Magón, R., Artículos Políticos 1912, pp. 168-176, cfr. pp. 170-1.

marco de supuesto orden y realización de los procesos sociales además de que, en la actualidad es la base del argumento que ve al Estado como el ente social omnipresente, pero que no hace más que subsumir, en muchos casos, la auténtica libertad a la dádiva utilitaria en una supuesta democracia sustentada en ese orden institucional.

El poner en tela de juicio ese orden, es un claro ejemplo de la profunda concepción revolucionaria magonista. Al plantear la abolición de la propiedad privada, la Junta Organizadora pretendía "el aniquilamiento de todas las instituciones políticas, económicas, sociales, religiosas y morales que componen el ambiente dentro del cual se asfixian la libre iniciativa y la libre asociación de los seres humanos que se ven obligados, para no perecer, a entablar entre sí una encarnizada competencia, de la que salen triunfantes, no los más buenos, ni los más abnegados, ni los mejor dotados en lo físico, en lo moral o en lo intelectual, sino los más astutos, los más egoístas, los menos escrupulosos, los más duros de corazón, los que colocan su bienestar personal sobre cualquier consideración de humana solidaridad y de humana justicia." (26)

Estos planteos, que en apariencia podrían juzgarse como elementos de índole ética orientados hacia poco o nada concretamente definido, son la raíz y consecuencia de una sociedad inmersa en la lógica del capital, que tiene en la propiedad privada el elemento constitutivo de las relaciones sociales, y en la competencia y la subordinación a las instituciones y leyes democrático-burguesas la estructura de esa organización.

La lucha para contrarrestar esta normatividad social era, para Ricardo, la expropiación proletaria que niega la autoridad de todo go- (26). Regeneración..., Ibid., p. 306, y Flores Magón, Ibid., p. 168.

"...si se une la tierra y la trabajar en común los campesinos, trabajarán menos y producirán más. Por supuesto que no ha de faltar tierra ... Lo mismo que se dice del trabajo en común de la tierra, puede decirse del trabajo común de la fábrica, del taller, etc..." (28).

El planteamiento magonista que en 1911 rompía definitivamente con la corriente liberal, proveniente de la influencia de 1857 y de los positivistas; y al pertenecer a otra cultura política, orientaba su lucha contra el sistema capitalista, haciéndolo fuente de todos los males puesto que este sistema "...obliga a la mayoría de la humanidad a trabajar y a sacrificarse para que una minoría privilegiada satisfaga todas sus necesidades y aun todos sus caprichos, viviendo en la ociosidad y en el vicio. Y menos malo si todos los pobres tuvieran asegurado el trabajo; como la producción no está arreglada para satisfacer las necesidades de los trabajadores sino para dejar utilidades a los burgueses, éstos se dan maña para no producir más de lo que calculan que pueden expender, y de ahí los paros periódicos de las industrias o la restricción del número de trabajadores, que proviene, también, del hecho del perfeccionamiento de la maquinaria que suple con ventaja los brazos del proletariado." (29)

El análisis social magonista, lúcido, extraordinariamente lúcido en el contexto revolucionario mexicano, teórica y prácticamente centraba su ataque a la raíz del sistema productivo, a sus efectos en la estructura social y al error de fincar en la libertad política tan apoyada por la concepción liberal burguesa.

Los espacios de la lucha fueron promovidos con singular entereza, y la ideología magonista rechazó los elementos que iban degradando

(28). Ibid., p. 309 y, en Flores Magón, Ibid., p. 173.

(29). Ibid., pp. 310-311 y, en Flores Magón, Ibid., pp. 174-175.

el auténtico movimiento popular. Producto de esta concepción de lo socialista, no resulta extraño que Francisco Madero, Pascual Orozco, Bernardo Reyes, Francisco Villa (en su etapa de indecisión revolucionaria), Venustiano Carranza y Alvaro Obregón, fueran atacados, dado que no seguían en la revolución la causa popular. La lucha contra el autoritarismo de estos personajes representantes de la pequeña burguesía, hacía resaltar la agudeza analítica de Flores Magón en cuanto al origen social de los sectores, grupos y clases que participaban en el movimiento.

Estrictamente en términos de análisis social, el sistema capitalista era, desde la posición magonista, fuente y origen de dos problemas que habían provocado la revolución: en primer lugar, la miseria, el hambre, el robo, la prostitución, etc., todos ellos productos de un sistema de opresión y explotación y, en segundo lugar, la evidente división que existía en los proyectos que representaban -- los "caudillos" como Carranza y las auténticas aspiraciones revolucionarias y que por su conciencia de clase provenientes de una herencia burguesa traicionaban esas aspiraciones populares.

La conceptualización que partía de las causas y efectos del capitalismo, hasta su enfrentamiento y ascenso a una sociedad donde imperara la equidad y la justicia era, para Ricardo Flores Magón, una preocupación cimera que se traducía en el periódico Regeneración, pues quien adelantara la libertad real (económica) del pueblo mexicano, debería luchar por la eliminación de la autoridad, del gobierno, además de no aceptar la posición de los "Jefes" revolucionarios que siempre se arrogaban la representatividad de un proceso y de unas clases sociales en plena lucha.

Desde la perspectiva magonista así, la Revolución mexicana no se

estaba realizando para conciliar intereses opuestos entre las diferentes clases sociales. Y puesto que la lucha que abanderaba el pueblo era con fines económicos, es decir, una revolución social, el papel que jugaban los caudillos que tratasen de soslayar esta razón estructural, se transformaba en un obstáculo para la verdadera revolución.

En el lúcido y penetrante artículo del 10 de febrero de 1912, Ricardo Flores Magón sintetiza el "problema" de la nación mexicana. La dialéctica de la "cuestión social en México", se cifra en el desarrollo que habían tenido las clases sociales que primordialmente impulsaban la revolución social. La historia de la comunidad agraria, el despojo de los campesinos, la creación de la mano de obra asalariada y el crecimiento industrial, las hace ver Flores Magón como la verdad objetiva que explica el por qué de la "evolución mexicana" (30).

La noción conciliatoria desaparecía en la revolución puesto que no estaban en juego intereses comunes entre las clases enfrentadas. La precisión magonista en este sentido era muy clara al plantear que "... no puede haber armonía entre la clase capitalista y la clase proletaria, y una guerra sin cuartel debe existir entre ambas, hasta que la clase trabajadora logre arrancar el corazón a la clase capitalista haciendo de uso común la tierra y la maquinaria de producción, y de común consumo o uso los productos del trabajo." (31)

El hilo de pensamientos magonista recoge virtualmente la esencia del problema social mexicano, y su consecuente actitud libertaria fue tan radical que aún hoy nos brinda un sendero de análisis social al descubrimiento de los motivos que llevaron al pueblo a un proceso revolucionario, y aún más, a la enunciación de las características de -

(30). Cfr., Flores Magón, Artículos Políticos 1912, pp. 24-25.

(31). Ibid., pp. 73-74.

dependencia y sumisión que bajo la forma de vida capitalista han impreso un sello indeleble a nuestra nación.

Lo anterior, visto sociológicamente, gira en torno sí a la lucha de clases, pero además, a la repercusión de este fenómeno en el marco institucional y legal que en ese entonces regía al país. La crítica de las armas se torna en momentos revolucionarios en el arma de la crítica real y objetiva del orden social establecido, y en la Revolución Mexicana a muchos hombres el marco legal e institucional les significó un enorme obstáculo para conseguir la libertad.

La ruptura total entre la sociedad civil y la sociedad política puso en evidencia el anquilosamiento de un orden legal en una sociedad igualmente monolítica, en cuanto a sus clases poderosas, y sujeta brutalmente a ser una economía exportadora neta de materias primas.

La Ley y el orden, supuestamente liberales, se habían convertido en la práctica en sinónimo de autoritarismo. De hecho, sólo allanaban el camino para llevar adelante una política de despojos de tierras, principalmente comunales, y para crear la fuerza de trabajo para explotar con máximos rendimientos y con un mínimo de inversión, amparándose en el argumento de la libertad política. De aquí que la Ley era, ante la insurrección popular, no sólo letra muerta, sino el cautiverio del proletariado a un modo de producción importado e impuesto.

Circunscribirse a la Ley era apearse a un papel reformista que, por avanzado que fuese, se inscribía en el ámbito liberal que impedía el reclamo del pueblo: "La emancipación económica, política y social del proletariado" que a su vez asumía con esto la oportunidad de transformación real y profunda de la sociedad, o, dicho en

palabras del propio Flores Magón: "O se es legalista, y entonces, hay que confundirse con la masa de carneros que sufren con paciencia todas las humillaciones del actual sistema, o se es ilegalista, irrespetuoso, desobediente, revolucionario." (32)

El elemento crítico subversivo se convertía en el arma de la revolución, la legalidad se circunscribía al reformismo y al retroceso del período constitucional de 1857, y esto había que rechazarlo y afirmar que "...los auténticos revolucionarios van contra el capital, el gobierno y el clero que forman las instituciones políticas y sociales que la Ley ampara; ¿Podríamos demoler esas instituciones sin tropezar siquiera con la Ley? Claro está que no, porque la Ley claramente ordena que las respetemos, y, cualquier atentado que cometamos contra ellas es un crimen." (33)

A una sociedad convulsionada por una revolución social popular, con un proletariado cansado de sufrir "la onresión y la miseria durante cuatrocientos años", la democracia liberal y positivista le resultaba totalmente inadecuada y los sustentos jurídicos-legales eran los primeros en venirse abajo, (34).

La Revolución mexicana vive sus momentos de mayor radicalización a finales de 1914 hasta los inicios de 1916, año éste en que empieza a perder impulso el movimiento popular, principalmente campesino, y a ceder terreno y hegemonía en el proceso a la burguesía y pequeña burguesía las que, representadas por Carranza y Obregón, van, paulatinamente, incorporando a la lucha argumentos legalistas que invocan para ello, la necesidad de un retorno al orden perdido por medio de creación de un "nuevo" marco jurídico.

(32). Flores Magón: R; Artículos Políticos 1914, p. 21.

(33). Ibid.

(34). Ibid., Cfr. el artículo "El fondo de la Revolución mexicana", pp. 88-95.

El ascenso de las fuerzas sociales revolucionarias tuvo su mayor esplendor durante el periodo 1914-1916 y, después de esto, el proceso se significó por el freno a la expropiación agraria y a la asociación estratégica obrera y campesina.

Ante el reflujo de los movimientos populares tanto obreros como campesinos, la pequeña burguesía va haciendo suyo el proyecto revolucionario, y no obstante conceder grandes reformas sociales, como por ejemplo en la propiedad de la tierra, o en las garantías laborales de la clase obrera, la situación esencial en la sociedad no fue trastocada en mayor grado.

La derrota del zapatismo, del villismo y de la inquebrantable posición ideológica de la Junta Organizadora del PLM en favor de una sociedad socialista, tuvieron que ceder ante el gran proyecto reformador planteado en la Constitución de 1917. La base de este documento fue el Manifiesto del PLM de 1906, hecho, que por sí mismo, pone en evidencia dos aspectos de meridiana importancia:

Primero, que el acta constituyente de 1917 recogía el ánimo de un proyecto democráticamente elaborado desde 1906 que en esencia reforzaba las condiciones sociales de la producción económica y daba un punto de apoyo primordial a la actividad rectora del Estado y en la continuación de la producción capitalista modernizada; y, Segundo, el orden constitucional siguió avalando la existencia de la propiedad privada como derecho social (Art. 27) y, asimismo, preparó socialmente el terreno para la "institucionalización" de los movimientos populares, cautivándolos y restringiendo sus demandas a los canales existentes dentro del Estado.

El resultado de este "constitucionalismo", representado por Ca -

rranza, tenía como objeto el fortalecimiento del poder del Estado y el de una pequeña burguesía proveniente del viejo proyecto liberal del siglo XIX; y tuvo, a partir de 1917, un marco legal que justificaba la democracia aunque de carácter liberal. Este paso aparentemente renovador continuó el argumento de la "igualdad social" y no obstante, otorgar ciertos derechos agrarios y laborales lo hizo con bases legales congruentes con un proyecto económico capitalista.

En este sentido y previendo el objetivo social del carrancismo, Flores Magón hace hincapié en la actitud conciliatoria que desde 1914, en noviembre concretamente, Carranza pretendía imponer en la sociedad mexicana. Las reformas que este último proponía a los campesinos eran por sí mismas, y conexas con la acción directa expropiatoria que formaba parte de la esencia revolucionaria zapatista.

La actitud de Carranza era profundamente contradictoria con la situación de los campesinos y de los obreros. La solución esencial se fincaba en la restitución de los medios de producción a las clases sociales postergadas y eso, el carrancismo no lo tenía como su proyecto social. Mucho nos llevaría discutir este rompimiento entre las principales corrientes revolucionarias, pero bástenos decir que esta ruptura era inselvable debido a las características de las clases sociales beligerantes en el proceso revolucionario, (35)

A partir de 1916 y hasta su último encarcelamiento, Ricardo Flores Magón reitera las denuncias contra Carranza, Obregón, Pablo González y otros dirigentes que desvirtuaban el original motivo de la Revolución Mexicana. Al hacer esto, se realizaba un último intento por tratar de convencer a los integrantes proletarios del ejército "constitucionalista" de cambiar de filas y adherirse a la fuerza zapatista

(35):Cfr. Gilly, A.; La revolución interrumpida, caps. VI, VII, y VIII; Katz, F.; La guerra secreta en México, T.I., cap. III, 291-339; Regeneración 1900-1918, pp. 384-396 y, Flores Magón, Artículos Políticos 1915, pp. 42-44.

que mantenía la acción expropiatoria y comunitaria en las zonas de su dominio.

Ya en plena debacle de las principales fuerzas populares, y el paulatino asesinato de sus principales dirigentes, se vió debilitado el proceso revolucionario inclinándolo de esta manera, a una concentración o pacto en las fuerzas sociales remanentes que, derrotadas, tenían que someterse a la hegemonía pequeño burguesa que resultó triunfante del movimiento revolucionario.

El encarcelamiento de Ricardo Flores Magón y Librado Rivera en 1918, después de la publicación de su último "Manifiesto" del 16 de marzo de ese mismo año, coincide con el reflujo de las fuerzas sociales populares que habían combatido, y ambos hechos son la conclusión de un capítulo de la historia nacional que, después de todo, veía a los obreros y a los campesinos marginados parcialmente e impedidos de imprimir su hegemonía en la reconstrucción nacional.

No obstante, la visión magonista reiteró, aun desde la prisión, el advenimiento de una sociedad diferente, libre y socialista y, esta afirmación, más que un acto voluntarista columbraba, a partir de las noticias que se recibían de la Revolución rusa, la necesidad rotunda de la muerte del capitalismo para que el género humano aspirara a una auténtica libertad, "...el sistema está ya muerto en la conciencia de las masas, nadie funda en él sus esperanzas, y si no se ha desplomado, es a causa del impulso que recibió de centenares y millares de años de ignorancia y sumisión..." (36). El espacio y la noción de la lucha era para Flores Magón el anuncio de una nueva era que se labraba en el ánimo de los explotados y marginados del mundo entero.

(36). Flores Magón, R.; Epistolario, p. 50.

Incluso, se puede sospechar que la organización magonista y el propio PLM, estaban inscritos en un movimiento internacional revolucionario. Nada ha podido ser comprobado, pero la inspiración de una revolución proletaria en muchas partes del orbe era un proyecto que, en la segunda década de este siglo habían emprendido muchos dirigentes y explotados.

En este marco, no es de extrañar que Ricardo Flores Magón y la Junta del PLM se hubiesen convertido en el contacto y quizá en la vanguardia de un proceso revolucionario que en ese momento pretendía llevar las llamas de la revolución socialista a todos los rincones del mundo.

La sentencia estaba escrita y su vigencia actualmente nos inquieta, porque el retorno de las contradicciones, -- las mismas en esencia pero diferentes de acuerdo a nuestra etapa histórica -- se vuelve en este momento un hecho insoslayable. En esta misma carta, dirigida a Gus Telsh, Flores Magón dice: "... La revolución no comienza con el cambio forzoso o pacífico de un modo colectivo de vida social, económica o política en otra. Mucho antes que se intente el cambio, se ha efectuado la revolución en la conciencia colectiva. Mucho antes que la Bastilla fuera reducida a un montón de humeantes ruinas, el derecho divino de los reyes se había desmoronado adentro de los densos cráneos de las chusmas parisienses. No fue el huracán de 1910 el que arrojó a Díaz desde su mansión en Chapultepec a la cubierta del "Ipiranga", sino la conciencia popular que despertó en 1906 y 1908 por los clarines de Jiménez y Acayucan, Viesca y Valladolid. Las coronas de los Romanoff rodaron a los pies del pueblo mucho antes que el tirano hubiera dejado de ser el "querido padrecito" para los moujiks. Ahora solamente es simple cuestión de tiempo para la realización

del prodigio, y el tiempo pasa..." (37).

Clara consigna para un militante y claro consejo para los estudios de lo social que creen en un futuro de libertad.

(37). Ibid., pp. 51-52.

CONCLUSIONES

Pienso que tres posibles conclusiones se desprenden de lo expuesto:

1a. El acercamiento al pensamiento liberal en el México del siglo XIX, al espíritu que anima su interpretación de la sociedad, y a su esencia de clase, nos ayuda a establecer las líneas de una tendencia real de la sociedad criolla mexicana y, en general, de las sociedades criollas de América Latina.

Como lo viera H. Laski, se puede observar el ascenso del liberalismo como una expresión del desarrollo de las "formas de conciencia social" apegada al capitalismo en su despliegue en la "vieja" Europa. El liberalismo, como producto intelectual, filosófico e inclusive científico de la burguesía, se fundamenta paulatina y crecientemente en su existencia y en su oposición a las formas remanentes del feudalismo, (1)

La consolidación del pensamiento liberal se gesta y se desenvuelve junto con el proceso de consolidación de la burguesía y de los sectores que, sin ser propiamente burgueses, se adhirieron a su concepción y a su forma de asumir la realidad social.

Este proceso del viejo continente se extendió por casi todos los rumbos del mundo, y doquiera que llegó su influencia tuvo como producto un ánimo por emularlo, y que espontáneo muchas veces se daba práctica y discursivamente. En América, los intelectuales estuvieron profundamente marcados por tal influencia, y en México, que no fue la excepción, la interpretación de la sociedad de los liberales mexicanos se apegó esencialmente, e inclusive copió, las líneas principales del pensamiento liberal europeo.

Si bien es rescatable su deseo de una aportación original y enriquecedora del pensamiento liberal, su labor intelectual tuvo un cauce

(1). Laski, Harold; El liberalismo europeo, cap. I

imitativo, y su discurso se orientó fundamentalmente a romper las ataduras de un coloniaje que asfixiaba a las nuevas clases ligadas al comercio, a la minería o a la incipiente industria, que veían impedido su despliegue económico y político, y deseaban dar un giro radical a la sociedad. Sin embargo, en esta lucha, no alcanzaron a percibir un problema que, precisamente por su raíz colonial, nos es estructural: la desculturación o aculturación de nuestros pueblos y, con esto, la aceptación perenne de vivir en torno a modelos sociales y económicos ajenos e impuestos.

El liberalismo se internalizó en la conciencia social mexicana perpetuándose tanto que, como apuntara Jesús Reyes Heróles, se puede asegurar que sin un cabal entendimiento de su gestación y desenvolvimiento durante el siglo XIX, será muy limitada nuestra comprensión de la actual estructura institucional de la misma manera que el "constitucionalismo" de 1917.

La perspectiva liberal y su desarrollo en nuestra sociedad abre el espacio, como hilo conductor, de un proceso social aparentemente único y propio, pero que, paradójicamente, no tiene su base social en nuestra particular identidad nacional o en un supuesto "nacionalismo revolucionario" ya que abarca el ámbito total de las sociedades de América Latina.

Mirar así la cosa es ver al liberalismo y su repercusión en nuestra sociedad como un proceso de transculturación o dependencia ideológica, política, económica y social, que va de la mano con el capitalismo y su internacionalización global hegemónica.

Las consecuencias del modelo importado se expresan en la desigual repartición de la riqueza social y de los medios de producción y asimismo en el sometimiento de nuestras economías al imperialismo y en la

correspondiente adaptación productiva en función de los intereses de las metrópolis expansionistas.

El discurso liberal se vuelve expresión ideológica de la clase que se convierte en la burguesía, y a la vez sirve de figuración interpretativa de la realidad, base o crisol del ascenso capitalista. De ahí que debamos mirarlo con escepticismo e, inclusive, intentar ir más allá de la mayor parte de sus planteamientos, que se hacen muy débiles en cuanto tienen que responder a la situación de los obreros y los campesinos y a la actividad política generada por ellos.

A la búsqueda histórica de la nación, la correspondió encabezarla y darle cauce a los liberales, pero este hecho entrañó muchas contradicciones. La libertad política del liberalismo ataba al salario a las clases desposeídas y las sometía a la explotación capitalista, lo que pronto empezó a generar en el proletariado mexicano los primeros intentos de organización laboral con ideas incipientemente socialistas, al mismo tiempo que el liberalismo se constituía en la base de la filosofía de la clase hegemónica que desde el Estado mantenía un comportamiento autoritario e institucionalizado, carente de la flexibilidad democrática que las naciones latinoamericanas necesitaban dada su enorme vitalidad social e histórica.

29. En la dimensión social alcanzada por el liberalismo en la dictadura porfirista, se sigue mostrando el mismo esquema de apego a una influencia extranjera, en la forma de hacer la política y en la manera de concebir el desarrollo social.

La aparición del positivismo significó el ahondamiento de la dependencia de las metrópolis y la continuidad de los problemas heredados que habían impreso su sello en nuestro país durante cuatro siglos de

colonialaje, y que mostraban una sociedad en pleno mestizaje pero sin un proyecto de vida social independiente y democráticamente decidido.

El ascenso dictatorial, que abre paso a la inversión extranjera, multiplica los factores de dependencia en los sectores sociales que, vinculados a la fuerza imperialista, se ven imposibilitados de ofrecer, en términos sociales, una salida al desarrollo, y va hundiendo a las clases populares en un proceso de creciente miseria y explotación.

Las contradicciones del país se agudizan, y las fuerzas sociales oprimidas van forjando el ideario de una lucha por una mayor justicia social.

Tal como lo planteará Flores Magón, ... "Fue durante la administración de Porfirio Díaz cuando el trabajador mexicano acabó de perder los jirones de libertad y de bienestar que había logrado salvar en sus cuatro siglos de servidumbre. Las pocas tierras que pertenecían a los pueblos y que eran el patrimonio común de los habitantes de éstos, fueron acaparadas de diversas maneras por los hacendados colindantes o por favoritos del gobierno, y los habitantes de los pueblos así desposeídos, se encontraron en la alternativa de perecer de hambre o de alquilar sus brazos para trabajar por un mísero salario..."(2).

El periodo porfirista determinó nuestra incorporación a un modo de vida impuesto desde el exterior, y enajenante en el plano filosófico y cultural. Los espacios de una verdadera democracia quedaban, en virtud de lo anterior, reducidos a la militancia creadora de unos cuantos espíritus libertarios y a la actividad, casi siempre reprimida, de hombres influidos por ideas socialistas y anarquistas.

La dictadura fue, así, el eslabón que unió el progreso y el desarrollo de las metrópolis --todavía europeas-- al atraso de la nación

(2). Flores Magón, R.; Artículos Políticos 1914, pp. 89-90.

dependiente. En México, en medio de sus riquezas naturales, se hacía ofensiva a la vista la miseria y el hambre del trabajador asalariado rural y urbano, así como de los marginados, que iban engendrando, en una dialéctica inexorable el embrión de un gran proceso revolucionario.

El ocaso de la dictadura, en esa sociedad semicolonial y absorbida por la dinámica capitalista internacional, hace emerger las fuerzas sociales y da paso a la abierta lucha de clases.

La superexplotación de la fuerza de trabajo unida al progreso positivista en las apariencias del supuesto orden social, abre el camino a la irrupción violenta de las clases campesina y obrera que veían, en los primeros años del nuevo siglo, dibujarse el peligro de la prolongación indefinida de un régimen de servidumbre y miseria que cancelaba toda esperanza de liberación.

El reclamo por un cambio verdadero y radical se clarificó en el transcurso de unos cuantos años, y en el cambio de la conciencia de muchos hombres los días de la dictadura comenzaron a quedar contados.

3a. En las experiencias de las revoluciones modernas se vierte la imagen de los senderos que se orientan hacia una realidad social diferente, lejana a la cotidianidad conocida, y tendiente a la realización de una utopía.

La presencia de la Revolución Francesa subsiste, vívidamente, en la imaginación de los ideólogos del propio proceso revolucionario mexicano. Sus efectos, acaso incalculables, despiertan el ánimo ideal y la esperanza liberadora hacia un futuro diferente. Y es así como en este compromiso se liberan los pensamientos y las acciones de las clases sociales, quedando impresos los valores, las posturas y los proyectos de los hombres revolucionarios que apelan, como en el caso de Ricardo Flores Magón, a lo máximo que un ser humano puede aspirar.

La concepción de lo social adquiere, así, en un periodo revolucionario, una intensa acentuación cualitativa. Esta concepción deviene en acción directa, en práctica política concreta que allana los espacios que hasta poco antes impedían su ascenso. Lo que los ideólogos conciben en teoría, en manos del pueblo abandona los espacios instituidos y hace irrumpir la acción revolucionaria en la sociedad para su transformación directa: deja de ser institución para convertirse en movimiento social, con su peculiar profundidad y capacidad, que subvierte el orden establecido.

Y es que el orden institucional y el espacio de acción de la sociedad civil apuntan a una contradicción constante en la historia, y más cuando el primero, se vuelve ámbito exclusivo del Estado y no un terreno de transformación social. Esto provoca una ruptura social, como se ejemplificó en México en la explosión y movimiento revolucionario de 1910.

El recuento y la memoria histórica son base para repensar el asunto y la actividad de esos auténticos revolucionarios que, como Ricardo Flores Magón, ayudan a centrar el origen y el nudo de las contradicciones de un sistema a la vez tiránico en lo interno, y dependiente del exterior.

Flores Magón y su rescate de lo revolucionario es fruto de una búsqueda filosófica y social y, con ello, de una pretensión intelectual y política en la acción crítica del devenir de la historia de México y de su futuro. Este hecho rebasa radicalmente la moderna sensibilidad individualista y se hace inteligible en la explicación social de lo que somos, invocando, acaso mágicamente, el rescate de unos ideales que nos ayuden a ubicarnos de tal manera que no caigamos en errores y contradicciones continuamente.

La esencia de esto último es la herencia del espíritu wagonista. Su lucha, abiertamente libertaria, somete los problemas de nuestra sociedad a su crítica radical; es tal vez por eso que retomarlos implique un giro conceptual en la forma en que percibimos los problemas sociales hoy. La crítica en este sentido, debe despojarse de los lugares comunes y de los espacios de conciliación que no dan luz sobre los problemas.

En la medida que avanza el proceso revolucionario y se identifican los que todo lo entregan al arte de lo posible, encontramos una vieja cuestión que gira en torno a la conciencia de clase y también a la transformación radical del orden de cosas existente. Ricardo Flores Magón encarnó la síntesis de las contradicciones de la sociedad mexicana, y ante esto, su propia auto-aclaración se acerca, como lo expresa Marx, al proceder de un revolucionario que fija en esencia, el trabajo que la humanidad debe realizar desde el principio, conscientemente (3).

Su lucha muestra un punto de partida para un análisis y para la "reforma de la conciencia" que torna los valores de la humanidad hacia sus raíces, es decir, a su propia autoevaluación y a la creencia fortalecida de la construcción de una sociedad democrática y socialista.

Meses antes de ser asesinado, Flores Magón escribía a Nicolás T. Bernál desde la Penitenciaría Federal de los Estados Unidos en Leavenworth, Kansas: "Tenemos que crear un mundo de bellezas, en donde sean desconocidas las lágrimas y las cadenas, salvo que ellas sean las floridas cadenas de la solidaridad... Despierten todos los que duermen todavía y tomen sus puestos de uno u otro lado, con los que oprimen o con los que desean ser libres; pero tomen su puesto para que esta sea la última batalla, la disputa decisiva entre las fuerzas de la Libertad y las de la Tiranía, porque no puede coexistir por más tiempo, al menos

(3). Carta de Marx a Ruge, sept. de 1843, Cfr., Los Anales francoalemanes, pp. 65-69, en especial la página 69.

en este planeta. Los que amamos la Belleza queremos Libertad o Muerte. Escojan sus filas los que han malgastado el tiempo durmiendo, pues consideramos como enemigo nuestro al que no está con nosotros; no reconocemos neutrales en este formidable conflicto. O se redime la raza humana con nuestro triunfo, o perecemos con nuestra derrota, pues la derrota significa la supervivencia de los dos tipos animales: el amo y el esclavo, pero no del hombre..." (4).

(4). Flores Magón, R.; Epistolario..., pp. 56-57.

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA CITADA:

- Brading, David; Los orígenes del nacionalismo mexicano, Trad. de Soledad Loaeza, México, Ediciones Era, Colec. "Problemas de México", 3a. ed., 1985, 138 págs.
- Cosío Villegas, Daniel; Historia moderna de México, "El Porfiriato, la vida política interior", Parte Segunda, México, Editorial Hermes, 1972, 1,086 págs.
- Flores Magón, Ricardo; Artículos Políticos 1910, Recopilación de Chantal López y Omar Cortés, México, Ediciones Antorcha, 2a. ed., 1983, 139 págs.

Artículos Políticos 1911, Recop. de Chantal López y Omar Cortés, México, Ediciones Antorcha, 1980, 214 págs

Artículos Políticos 1912, Recop. de Chantal L. y Omar Cortés, México, Ediciones Antorcha, 1981, 190 págs.

Artículos Políticos 1914, Recop. de Chantal L. y Omar Cortés, México, Ediciones Antorcha, 1982, 140 págs.

Discursos, Título original de la obra: Tribuna Roja (1925), México, Ediciones Antorcha, 4a. ed., 1984, 103 págs.

Epistolario revolucionario e íntimo, México, Ediciones

Antorcha, 4a. ed., 1983, 243 págs.

El Programa de 1906 y sus antecedentes, México, Ediciones Antorcha, 1985, 300 págs.

El Partido Liberal Mexicano (1906-1908), México, Ediciones Antorcha, 1986, 325 págs.

- Flores Magón Ricardo, et. al.; Regeneración 1900-1918, Prólogo, selección y notas de Armando Bartra, México, Ediciones Era, Serie "Problemas de México", 2a. ed., 1980, 437 págs.
- García Cantú, Gastón; El socialismo en México, siglo XIX, México, Ediciones Era, Serie "El hombre y su tiempo", 3a. ed., 1980, 515 págs.
- Gilly, Adolfo; La revolución interrumpida, "México 1910-1920 una guerra campesina por la tierra y el poder", México, Ediciones "El Caballito", 9a. ed., 1977, 410 págs.
- Gracida, Fujigaki, Argüello, et. al.; México, un pueblo en la historia/2, Enrique Semo (Coordinador), México, Editorial Nueva Imagen y la Universidad Autónoma de Puebla, 1983, 434 págs.
- Guérin, Daniel; El anarquismo, "De la doctrina a la acción", "Pequeña biblioteca anarquista", México, Ediciones Antorcha, 1984, 194 págs.

- Hart, John M.; El anarquismo y la clase obrera mexicana, 1860-1931, Trad. de Ma. Luisa Fuga, México, Siglo XXI, 2a. ed., 1984, 244 págs.

- Los anarquistas mexicanos, 1860-1900, Trad. de Ma. Elena Hope, México-S.E.P., "SEPSetentas"/121, 1974, 162 p.

- Katz, Friedrich; La guerra secreta en México/1, "Europa, Estados Unidos y la revolución mexicana", México, Ediciones Era, 6a. ed., 1986, 405 págs.

- Kenneth Turner, John; México bárbaro (Ensayo sociopolítico), México, Editorial Epoca, 1978, 303 págs.

- Laski, Harold J.; El liberalismo europeo, Trad. de Victoriano Miguélez, México, Fondo de Cultura Económica, Breviario no. 81, 6a. reimp., 1979, 248 págs.

- Madero, Francisco I.; La sucesión presidencial en 1910, México, Ediciones Selectas, s/f, 398 págs.

- Marx, Karl; Introducción general a la crítica de la economía política/1857, Trad. de José Aricó y Jorge Tula, México, Siglo XXI, Cuaderno de PyP/1, 16 ed., 1982, 123 págs.

- Marx Karl, Ruge Arnold; Los anales franco-alemanes, México, Ediciones Martínez Roca, Novocurso/12, 2a.ed., 1973, 283 págs.

- Otero, Mariano; Ensayo, "sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República Mexicana, México, Instituto de la Juventud Mexicana, 2a. ed., 1964, 150 págs.

- Padua, Cándido D.; Movimiento revolucionario-1906 en Veracruz, Tlalpan, D.F., s/ed., 1941, 196 págs.

- Rhodakanaty, Plotino C.; Escritos, México, Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero, Editorial Popular de los Trabajadores, "Cuadernos Obreros/8", 1976, 88 págs.

- Roeder, Ralph; Hacia el México moderno, "Porfirio Díaz II", México, Fondo de Cultura Económica, reimpresión, 1981, 413 págs.

- Semo, Enrique; Historia mexicana, economía y lucha de clases, México, Ed. Era, Serie Popular/66, 1978, 338 págs.

- Valadés, José C.; El socialismo libertario mexicano, (Siglo XIX), Prólogo y recop. de Paco Ignacio Taibo II, México, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1984, 174 págs.

- Zea, Leopoldo; El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia, México, Fondo de Cultura Económica, "Sección de Obras de Filosofía", 3a. reimpresión, 1981, 481 págs.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA:

- Azaloe Garrido, Elena; Rebelión y derrota de magonismo agrario, México, Colección SEP-FCE/60, 1962, 314 págs.
- Bakunin, Miguel; Dios y el Estado, México, Ediciones Antorcha, "Pequeña biblioteca anarquista", 2a.ed., 1963, 157 págs.
- Blanquel, Eduardo; Ricardo Flores Magón, México, CREA-Terra Nova, Serie "Grandes Maestros Mexicanos/1", 1985, 174 p.
- Cano Ruiz, B.; Ricardo Flores Magón, (su vida, su obra) y 42 cartas (en facsímil), México, Editores Unidos Mexicanos, 1976, 221 págs.
- Ciro F.S., et. al.; De la dictadura porfirista a los tiempos libertarios, México, Siglo XXI-UNAM, serie "La clase obrera en la historia de México/3", 3a. ed., 1985, 248 págs.
- de la Peña, Sergio; La formación del capitalismo en México, México, Siglo XXI, 6a. ed., 1979, 245 págs.
- de la Torre Villar, Ernesto; Historia documental de México, T. II, México, U.N.A.M., Inst. de Invest. Históricas, publicación no. 71, Serie documental/4, 2a. ed. 1974, 678 págs.
- Flores Magón, Ricardo; Antología, Introducción y selección de Gonzalo Aguirre Beltrán, México, U.N.A.M., "Biblioteca

del estudiante universitario/93", 2a. ed., 1972, 144 p.

Epistolario y textos de..., Prólogo, ordenación y notas de Manuel González Ramírez, México, FCE/CREA, "Biblioteca Joven"/16, 1984, 260 págs.

1914: La intervención americana en México, Recop. de Chantal López y Omar Cortés, México, Ed. Antorcha, 1982, 92 págs.

La primera Guerra Mundial y la Revolución rusa, Recop. de Ch. López y O. Cortés, México, Ed. Antorcha, 1983, 109 págs.

La Revolución mexicana, México, Editores Mexicanas Unidos, 1984, 134 págs.

Obras de Teatro, "Tierra y Libertad" y "Verdugos y víctimas" (1924), México, Ed. Antorcha, 3a. ed., 1982, 185 págs.

¿Para qué sirve la autoridad? y otros cuentos, Títulos originales de la obra Sembrando ideas y Rayos de luz de 1923 y 1924, México, Ed. Antorcha, 4a. ed., 1983, 185 p.

Carranza contra los trabajadores (artículos políticos 1915), Recop. de Ch. López y O. Cortés, México, Ed. Antorcha, 1987, 119 págs.

- Gilly Adolfo, et. al.; Interpretaciones de la Revolución mexicana, México, UNAM-Nueva Imagen, 3a. ed., 1980, 150 págs.
- Gómez-Quifiones, Juan; Las ideas políticas de Ricardo Flores Magón, México, Ediciones Era, Serie Popular/47, 1977, 253 p.
- González Ramírez, Manuel; Planes Políticos y otros documentos, México, Secretaría de la Reforma Agraria, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México, 1982, 353 p.
- Guerrero, Iráxedis G.; Artículos de combate, México, Ed. Antorcha, 2a. ed., 1984, 203 págs.
- Hernández Padilla, salvador; El magonismo: historia de una pasión libertaria 1900-1922, México, Ediciones Era, Col. "Problemas de México", 1984, 203 págs.
- Hernández, Teodoro; La historia de la revolución debe hacerse, México, s/Ed., 1950, 125 págs.
- Kaplan, Samuel; Combatimos la tiranía, "Un pionero revolucionario mexicano cuenta su historia; Conversaciones con Enrique Flores Magón", Trad. de Jesús Anaya Topete, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1958, 323 págs.
- Katz, Friedrich; La servidumbre agraria en México en la época porfiriana, Trad. de Antonieta Sánchez, México, Ediciones Era, Col. "Problemas de México", 4a.ed., 1984, 115 p.

- Marx/Bakunin; Socialismo autoritario, socialismo libertario, Trad. de María Mont y Josep Sarret. Textos reunidos y presentados por Georges Ribeill, Barcelona, Editorial Madrágora, 1976, 466 págs.

- Mayer, Brantz; México lo que fué y lo que es, Trad. de Francisco A. Delpiane, México, Fondo de Cultura Económica, 1953, 518 págs.

- Medina Amor, Guillermo; No fue filibusterismo la revolución marginista en la Baja California, Mexicali, B.C., Ediciones "Amor", 1956, 92 págs.

- Muñoz Rosas, Jerónimo; La ideología de Ricardo Flores Magón, México, U.N.A.M. (Tesis), Facultad de Filosofía y Letras, 1965, 110 págs.

- Proudhon, Pedro José; ¿qué es la propiedad?, "investigaciones sobre el principio del derecho y del gobierno.", México, Ed. Antorcha, "Pequeña biblioteca anarquista", 1984, 252 págs.

- Revueltas, José; Ensayo sobre un proletariado sin cabeza, México, Ediciones Era, "Obras completas de..." /17, 3a. ed., 1982, 247 págs.

- Reyes Heróles, Jesús; El liberalismo mexicano, I, "Los orígenes", México, Fondo de Cultura Económica, "Sección de

Obras de Política", 2a. reimp., 1982, 460 págs.

El liberalismo mexicano, II, "La sociedad fluctuante", México, F.C.E., 2a. reimp., 1982, 506 págs.

El liberalismo mexicano, III; "La integración de las ideas", México, F.C.E., 2a. reimp., 1982, 728 págs.

- Rivera, Librado; ¡Viva Tierra y Libertad!, Recop. de Ch. López y O. Cortés, México, ED. Antorcha, 1980, 228 págs.
- Soboul, Albert; La Revolución Francesa, Trad. de Pilar Martínez, España, Oikos tau ediciones, 1981, 143 págs.
- Valadés, José C.; El joven Ricardo Flores Magón, México, Editorial Extemporáneos, Colecc. "El Overol Azul"/1, 2a. ed., 1986, 99 págs.